

clark carrados

LA NAVE SUMERGIDA

La nave sumergida

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/365

CAPÍTULO I

La nave estaba sumergida en el lago, posada verticalmente sobre su fondo, a no demasiada distancia de la superficie, sin embargo.

Cuando las aguas del lago estaban tranquilas, podía verse la ojiva puntiaguda de la nave, resplandeciendo sombríamente en las verdosas profundidades de la masa líquida. El resto de la nave se difuminaba poco a poco, hasta desaparecer por completo de la vista.

Aquel era un lugar prohibido para los miembros de la tribu. Los acantilados caían a pico sobre la superficie del lago y se hundían en el agua hasta un centenar o más de metros, sin solución de continuidad, una acentuada falla geológica, que había tenido su origen en remotísimas convulsiones de formación del planeta.

La tribu vivía mucho más lejos, casi a un día de marcha. El consejo de ancianos había prohibido terminantemente que nadie se acercase a los abruptos cantiles, al pie de los cuales moraba, dormido, el «Espíritu-De-Fuego». Los ancianos temían que, si alguien lo molestaba, el «Espíritu-De-Fuego» volviera a despertar y causara una hecatombe. Como cuando llegó de más allá de las estrellas, dispuesto a buscar un sitio en el cual descansar, durante millares y millares de estaciones.

Entonces, cuando el «Espíritu-De-Fuego» bajó del cielo, Las llamas que brotaban de sus fauces abrasaron una gran extensión de bosque y quemaron vivos a muchos miembros de la tribu. Las aguas hirvieron salvajemente, despidiendo enormes nubes de vapor. El «Espíritu-De-Fuego» no quería ser visto en el momento de buscar su lugar de reposo.

Los llantos de las mujeres de fa tribu duraron días enteros.

Lloraban por los esposos, los padres, los hermanos y los hijos perdidos, convertidos en retorcidos montoncitos de carbón sin forma, que hedían apestosamente; lloraban por los heridos que sufrían atrozmente y a muchos de los cuales fue preciso rematar, y lloraban también por los que habían quedado lisiados a perpetuidad, ciegos, abrasados los ojos, sobre todo.

El bosque ardió en una gran extensión. Los supervivientes de la tribu, aterrados por la catástrofe, huyeron de aquel lugar maligno, temerosos de despertar de nuevo al ígneo monstruo que ahora dormía. Que durmiese todas las estaciones que quedaban, hasta que la estrella que les daba luz y calor se descolgase del cielo y la vida se acabase en el planeta. Esto era algo que ocurriría algún día, pero todavía estaba muy lejos, muy lejos...

El leviatán de fuego había descendido hacía muchas estaciones, cuando los renuevos tiernos empezaban a aparecer en los árboles. Desde entonces, habían transcurrido tantas primaveras como diez veces los dedos de las manos y los pies. Los testigos de la catástrofe y los lisiados, y sus hijos y los hijos de sus hijos, habían muerto ya hacía mucho tiempo, pero el relato de la tragedia se había ido transmitiendo de unos a otros, de padres a hijos y de éstos a sus hijos. Era un lugar terrible, maldito; el monstruo quería dormir; no se le podía despertar; había que respetar sus deseos o la tribu volvería a sufrir las consecuencias de su cólera.

Ahora, al cabo de dos siglos, la tribu, rehecha de la catástrofe, cubiertas las bajas por las prolíferas uniones, vivía a casi una jornada de marcha de los acantilados, morando en una cañada de paredes rocosas, en las que a fuerza de grandes trabajos, que habían durado incluso dos generaciones, se habían construido grandes cuevas, a las que se accedía por medio de escaleras de troncos y lianas.

Las cuevas tenían un objeto doble: el de cobijar a sus habitantes y el de la defensa contra los animales feroces que pululaban por las selvas del contorno. Había uno, sobre todo, un gato de piel amarilla y negra, al que los tribeños llamaban «El-Gran-Gato-De-Dientes-De-Cuchillo», de ferocidad sin igual y contra el que sus pobres armas poco valían, si es que valían algo. Con los demás animales, incluso contra el gigantesco «Nariz-Larga-Que-Se-Balancea», solían salir victoriosos en sus contiendas, alardear de haberse tropezado con un

felino y seguir sentándose al fuego para contar su hazaña… la hazaña simple de haber conseguido salvar la vida.

De cuando en cuando, un «Nariz-Larga», paquidermo del tamaño de un mamut, con los colmillos vez y media más largos que el cuerpo de un hombre, caía por las inmediaciones de la tribu. Entonces, todos los tribeños se reunían y le atacaban ferozmente con sus lanzas de punta de piedra; incluso las mujeres tomaban parte en la cacería. Algunos morían, ensartados por los colmillos, aplastados por las enormes patas, de pelos largos como brazos, o estrujados por la monumental trompa, pero, a pesar de su colosal fortaleza, el proboscidio no podía resistir al efecto de hasta dos centenares de lanzas llovidas de todas partes sobre su cuerpo, lanzas largas, pesadas, que penetraban en su carne, pese a la dureza de la piel y la protección del vello y, desangrándole, le causaban la muerte. Entonces había un gran festín en la tribu y todos comían carne hasta saciarse. Un arroyo de clara y rápida corriente pasaba por el centro de la cañada, con lo que la tribu tenía asegurado el suministro permanente de agua. La selva cercana proporcionaba vegetales y frutos en abundancia y los animales comestibles existían en gran número. De no haber sido por las incursiones de las fieras, la existencia de los tribeños habría sido idílica.

Salvo la memoria del «Espíritu-De-Fuego», cuya sombra, al cabo de dos siglos, seguía aún pesando sobre los ánimos de los tribeños. Una vez había bajado del cielo para atacarles y ahora dormía. ¿Despertaría algún día y les quemaría de nuevo?

Había alguien, sin embargo, a quien el monstruo durmiente apenas inspiraba temor, por la simple razón de que no se preocupaba de él. Era Adlant, cuyo nombre, en el lenguaje tribal, significaba «El-Valeroso-Que-Marcha-En-Vanguardia».

El nombre de Adlant había sido muy otro en su infancia, de recién nacido. Pero sus padres le cambiaron el nombre cuando vieron que, de todos los niños nacidos en el mismo día, él había sido el primero en ponerse en pie y caminar por sí solo, sin la ayuda de los brazos de su madre. Era un nombre sonoro, pomposo, altisonante… pero merecido.

Adlant había visto la luz a la entrada del invierno. Desde entonces, habían transcurrido tantos inviernos como los dedos de las manos y los pies, más dos. Era alto, hermoso y bien

proporcionado, fuerte, ágil, de largos cabellos negros, brazos robustos, tórax amplio, caderas estrechas y piernas ágiles. Las piedras que salían de su honda iban más lejos y con más puntería que la de los muchachos de su edad; sus golpes de hacha partían troncos de árbol doble de gruesos que los que partían los demás y la distancia a que llegaba su pesada lanza, no era superada por ningún otro cazador.

Además, había inventado un arma nueva, una especie de catapulta que arrojaba la lanza a una distancia doble de la que conseguía con el simple impulso de su brazo. La idea le había surgido un día cuando, al atravesar un trozo de selva muy espeso, había doblado el tronco de un arbolillo de manera incidental. Al cesar la presión de su brazo, el arbolito, buscando su posición normal, había oscilado con fuerza, golpeándole en el rostro y haciéndole vacilar.

Adlant tardó muchos días en perfeccionar su invento, hasta que consiguió poner a punto su primitiva catapulta: un tronco de árbol, del grueso de su brazo y tan alto como él, que llevaba consigo en sus expediciones de cacería, junto con dos o tres lanzas terciadas a la espalda por medio de sogas de fibras vegetales, tejidas por su madre bajo sus peculiares indicaciones.

Cuando llegaba al punto donde creía podía hallar una buena presa, cavaba en el suelo una honda muesca circular, utilizando su cuchillo de obsidiana volcánica. La muesca tenía el ancho justo del tronco y una profundidad del largo de su antebrazo. Adlant metía en él la base del tronco, cuya parte alta estaba horquillada, y luego lo doblaba por medio de la tensión de otra cuerda, sujeta con un fuerte contrapeso, por regla general, una gran piedra. La lanza quedaba sujeta a una corta plataforma insertada en la horquilla y el tronco podía girar en la muesca, a fin de que el arma pudiera ser orientada en la posición más conveniente.

Con aquella especie de ballesta primitiva, Adlant había matado una vez a un tigre de dientes de sable, dejándole muerto instantáneamente, sin un solo movimiento, más; la potencia de la ballesta era tal que la lanza había perforado el cuerpo del tigre, clavándose luego profundamente en el tronco de un árbol. La piel adornaba la cueva donde vivía con sus padres.

Otra vez había matado a un «Nariz-Larga» con sólo dos lanzazos.

Claro que el primero había sido un tiro de suerte y el colosal proboscidio, con toda la lanza insertada en su cuerpo, los pulmones atravesados de parte a parte, había quedado ya muy debilitado. Estuvo unos momentos inmóvil, como tratando de averiguar las causas de aquel lacerante dolor que sentía en el interior de su pecho, y luego barritando de manera atronadora, había efectuado su última carga contra el pigmeo que osaba desafiarle.

Adlant era un muchacho valeroso. Permaneció impasible, mientras el monstruo hacía trepidar el suelo con sus últimas pisadas. En el instante preciso, soltó la cuerda.

La lanza era tan alta como él y del grueso de su muñeca. En el extremo del ataque llevaba atada una punta de durísima obsidiana, ancha como su muslo y larga como su antebrazo. El proyectil entró por la abierta boca del mamut —el animal atacaba trompa en alto y ello influyó decisivamente en el encuentro—, perforó el velo del paladar, atravesó los huesos y llegó al cerebro. El salto atrás que dio Adlant, en realidad, ya no era necesario; el proboscidio cayó fulminado cuando la punta de piedra volcánica destrozó sus sesos.

Pero las lanzas y la catapulta eran pesadas de llevar pese a su efectividad y pese a que Adlant podía cargar con un peso igual al de su cuerpo durante horas enteras, antes de empezar a sentir cansancio. El que diera en buscar un arma más ligera y de más fácil manejo, y que acabase construyendo un arco y flechas, fue sólo cuestión de tiempo... no demasiado, sin embargo.

Sus hazañas le conquistaron muchos amigos y muchos admiradores, éstos, sobre todo, entre las muchachas casaderas de la tribu. Era rara la que no esperaba anhelosamente el momento en que Adlant diera comienzo a la excavación de una cueva, lo cual significaría que había decidido tomar esposa. Era rara la muchacha en estado de merecer, que no soñaba con compartir con Adlant un lecho de pieles y ser la madre de sus hijos... la madre de los orgullosos hijos de «El-Valeroso-Que-Va-En-Vanguardia».

Salvo, tal vez, Einea-té, llamada comúnmente Einea a secas, y cuyo nombre significaba «Pelo-De-Paja-Y-Ojos-Claros». No despreciaba a Adlant, pero tampoco sentía por él la boba admiración que experimentaban las demás adolescentes de la tribu.

Bien es cierto que Einea, por circunstancias que luego se verán, vivía una existencia solitaria y retraída. Este era el motivo de que

las relaciones entre Adlant y Einea no hubiesen pasado del estado de un superficial saludo o alguna distanciada mirada en escasas ocasiones.

Los tribeños decían que Adlant estaba predestinado a presidir un día el Consejo de Ancianos. Y lo presidiría antes de que se convirtiese en un anciano, cuando se convirtiese en jefe de la tribu, por su valor, su inteligencia y sus hazañas.

Pero no existe quien tenga admiradores y no tenga enemigos. Y Adlant tenía un enemigo declarado y otro en potencia.

El enemigo declarado era Fazor, un joven dos inviernos mayor que él. Fazor significaba «El-Que-Mira-De-Lado», debido a que uno de sus ojos padecía un ligero estrabismo.

El enemigo en potencia era To-kith, presidente del Consejo de Ancianos, cuyo nombre significaba «Ardiente-Y-Fiero-Cazador». To-kith presentía que Adlant le sustituiría un día en el gobierno de la tribu. Era un hombre relativamente joven y fuerte todavía, por lo que no podía por menos de mirar con cierto recelo la ascensión del muchacho. Sin embargo, habían de pasar aún muchas estaciones antes de que el problema empezase a preocuparle de veras.

Eso creía To-kith, porque no contaba con su hija To-kitha, nombre cuyo significado se advierte fácilmente. To-kstha era una de las más rendidas admiradoras de Adlant... y según ella, la más calificada para compartir la cueva conyugal con el bravo cazador, precisamente por ser hija de quien era.

Entonces, cuando Adlant había cubierto la mitad del espacio temporal que había entre su vigésimo segundo año de existencia y el vigésimo tercero, descubrió la nave sumergida.

CAPÍTULO II

Como todos los tribeños, Adlant había oído hablar del «Espíritu-De-Fuego», de su catastrófica leyenda y conocía asimismo la prohibición que existía de acercarse al lugar donde el monstruo descansaba. Mas para un hombre joven, fuerte y con inteligencia superior a la normal, ciertas conveniencias no suelen regir.

Pese a todo, Adlant no hubiese llegado a las orillas del lago, a no ser porque se le había escapado un gran corzo, con una flecha hincada en su lomo. Las flechas eran algo precioso para el

muchacho y, aparte de que no podía permitirse el lujo de perder una sola, estaba el prurito del orgullo herido por la puntería errada a medias. El corzo debía ser capturado.

Siguiendo su rastro durante casi todo el día, llegó a los acantilados. Entonces vio la brillante ojiva de la nave, reluciendo a pocas brazas de la superficie.

Hacía un día tranquilo; no soplaba aire en absoluto y las aguas del lago, que se extendía hasta perderse de vista, semejaban un espejo. Adlant contempló pensativamente al monstruo durmiente.

Cierto poso de superstición latente en su espíritu, sedimentado a lo largo de generaciones, le impulsó a marcharse de inmediato, más aún que el mismo hecho de la prohibición. Pero su ánimo de cazador, el espíritu que le había llevado a construir la ballesta para las lanzas y el arco y las flechas, el indomable valor que le había llevado a enfrentarse él solo con i el tigre gigante y el mamut, fueron pesos decisivos que inclinaron la balanza y le hicieron quedarse en las orillas del lago, olvidándose momentáneamente del corzo herido.

Tras unos momentos de indecisión, buscó un camino y descendió por los farallones hasta que sus pies se mojaron en el agua. Así pudo ver al monstruo desde más cerca.

La distancia a la orilla era de unos cincuenta metros. Adlant, curiosamente, no sabía nadar.

Había visto muchos peces, y también a muchos mamíferos, que se movían ágilmente en el agua. Pero él, aunque se bañaba con frecuencia, no había sentido deseos de imitarlos. La profundidad líquida le repelía, pero, al mismo tiempo, fe atraía de una manera extraña, inexplicable, que le hacía vacilar y provocaba en su ánimo considerables oscilaciones en uno y otro sentido.

Permaneció largo rato junto al borde, contemplando la masa metálica —él desconocía hasta el significado de la palabra metal— con ojos fascinados. ¿Era de verdad «aquello» un monstruo que dormía?

En tal caso, ¿por qué no darle muerte?

Su fama se acrecentaría y, al mismo tiempo, vengaría a los cientos de muertos que hubo muchas estaciones atrás. Cazar al monstruo dormido sería su hazaña más notables; durante generaciones enteras, la leyenda se transmitiría, en las largas

charlas invernales, al amor del fuego, de padres a hijos. «No existió nadie como Adlant», se dirían, miles de veces... tantas, que no habría bastante con los dedos de las manos y de los pies de todos los miembros de la tribu, durante todos los días de un ciclo completo de estaciones para numerarlas. Tal vez entonces le llamasen Vi-Hoi-Shoo... «EI-Que-Mató-Al Espíritu-De-Fuego»; sí, sería un nombre mucho más adecuado que el actual.

Más para conseguirlo, tendría antes que aprender a nadar.

No se podía combatir con un monstruo sumergido desde fuera del agua. Era preciso hacerlo en su propio elemento, lo cual ¡e resultaba imposible por el momento.

Al cabo de un rato, emprendió de nuevo la ascensión de los acantilados. Cuando llegó arriba, se dio cuenta de que la estrella que les alumbraba, convertido en un globo rojo, se escondía ya en el horizonte. El tiempo se le había pasado sin sentirlo.

Era ya tarde para regresar a la tribu. Adlant no era supersticioso, pero sabía que los animales de la selva tenían una vista muy superior a la suya y que, para la mayoría de ellos, j la noche era su más fiel aliado. Además, estaba cansado.

No se preocupó por sus padres; a veces, en sus excursiones de caza, estaba ausente tantos días como los dedos de sus manos. Sus padres confiaban en él.

Pendiente de un bolsita, que llevaba sujeta al cinturón por una cuerda, tenía unas tiras de carne curada. Buscó rápidamente unas bayas, antes de que las sombras cayeran j sobre la tierra, y comió aquel frugal alimento. Luego buscó la horquilla de un árbol alto y seguro, colocó las armas al alcance de su mano y se tendió a dormir.

Oyó gruñidos, rugidos, siseos, dentelladas, chasquidos... la selva, por la noche, hervía de vida. Pero la costumbre le hacía diferenciar bien los sonidos, su proximidad y su posible peligro, aunque estuviese dormido, y ninguno de aquellos ruidos se refería a una hostilidad hacia él. Su sueño resultó apacible y reparador.

Apenas se hizo de día, emprendió la marcha de nuevo hacia la tribu, olvidado del corzo herido y de la flecha perdida, mientras maduraba en su mente la forma de conquistar el mayor trofeo de su vida. Tenía que aprender a nadar; era imprescindible, si quería conseguir sus propósitos.

Cuando estaba a más de dos tercios del camino, se tropezó con Einea, la joven de los cabellos amarillos y los ojos como el cielo sin nubes.

Ella no le había visto a él. A Adlant no le extrañó en absoluto.

Einea estaba en una postura un tanto extraña» con la espalda pegada al tronco de un árbol y un puñal de sílex en la mano derecha. A sus pies se veía un rústico cestillo de juncos, las bayas de cuyo contenido se habían desparramado por el suelo.

Era evidente que Einea se aprestaba a defenderse contra el ataque de algún animal salvaje, dada la postura de su cuerpo y la fijeza de su mirada, clavada en un punto determinado. Adlant no podía divisar a la fiera desde el sitio en que se encontraba.

Siempre que salía del paraje donde moraba la tribu, Adlant llevaba consigo todas sus armas: una gran lanza, cuya punta, apoyado el extremo del ástil en el suelo, pasaba por encima de su cabeza; el arco, casi tan alto como la lanza, y una docena de flechas, pesadas y largas como brazo y medio, y guardadas en una aljaba de piel que llevaba terciada a la espalda. Además, pendiente de su cintura se veía un hacha de sílex y un puñal de obsidiana. Adlant era valeroso por el nombre y los hechos, pero su vida se había conservado tanto por su valor como por su prudencia.

Apoyó la lanza en el tronco de un árbol cercano y sacó una flecha, que colocó en la cuerda del arco. Dio dos pasos hacia adelante.

Entonces vio a la fiera, un gran gato amarillo y negro, con dientes más largos que el puñal de la muchacha y tan alto, que su cruz llegaba hasta más arriba del esbelto talle de Einea. La cola del felino se movía lentamente, mientras sus enormes ojos se fijaban con anticipada delicia en la suculenta presa que iba a ser suya unos segundos más tarde.

Adlant admiró el silencioso valor de Einea. La muchacha estaba condenada a morir, pero no había gritado ni intentado huir alocadamente. Antes de que su firme cuerpo fuese rasgado en mil tiras por los colmillos y las zarpas del gran gato, lucharía aunque no fuese más que por asestar una sola cuchillada a su enemigo.

En completo silenció, Adlant tensó la cuerda del arco hasta el máximo. No había otro hombre en la tribu capaz de realizar una hazaña semejante; la mayoría de los tribeños apenas si podían

distender el arco a la mitad de su curva tensión. Por eso, la potencia de lanzamiento resultaba realmente fabulosa.

La flecha partió con agudo siseo. Era un palo tan grueso como el pulgar de un pie, rematado por una aguzadísima punta de piedra dura. Voló por los aires con rapidez imposible de ser seguida por la vista y se clavó en el costado derecho de la fiera.

El felino lanzó un espantoso rugido y se revolcó por el suelo epilépticamente, tratando de arrancarse aquel maligno pato que tanto sufrimiento le causaba. Adlant colocó una segunda flecha en la cuerda y la disparó acto seguido.

La garganta del felino resultó traspasada de parte a parte. Entonces, el muchacho dejó caer el arco y recogió la lanza.

Corrió hacia el animal, que se debatía con fuerza y le asestó un tremendo lanzazo en el pecho. Al segundo golpe, el felino se quedó quieto.

Adlant esperó todavía unos momentos, hasta cerciorarse de la muerte del animal. Entonces volvió los ojos hacia Einea.

La muchacha le devolvió la mirada. Adlant creía recordar que su edad era inferior a los dedos de las manos y los pies en una o dos unidades. Pese a ello, Einea era una mujer plenamente desarrollada, casi tan alta como él, fuerte, robusta, pero de líneas esbeltas y gráciles, de talle flexible, senos firmes y erguidos, y piernas largas y torneadas.

El cuerpo de Einea estaba cubierto por una tela burda, hecha de fibras vegetales, tejidos por ella misma. Hubiera parecido una tribeña íntegra, a no ser por la coloración de sus ojos y cabellos; mientras todas las mujeres, y los hombres, solían tener pelo y ojos negros, o de color castaño, cuando más, ella tenía un cabello que parecía el de la hierba agostada después de la estación del calor y los ojos tan azules como el cielo sin nubes a media mañana.

¿Era tal vez por esta razón por lo que Einea, prematuramente huérfana, vivía sola, aislada, en una cueva situada en el extremo más lejano de la cañada?

Adlant no se había formulado la pregunta hasta entonces, pero, aún así, no creyó que era el momento más adecuado para hacerlo. Einea se había mostrado siempre muy solitaria y retraída, en especial desde el último frío, en que la muerte se había llevado a su madre —su padre había muerto mucho antes, cuando ella era

todavía una chiquilla.

—Te doy las gracias, Adlant —dijo Einea, con voz grave y profunda.

—El gran gato te hubiera matado. ¿Por qué te has alejado tanto de la tribu?

—No lo sé. Lo hice sin darme cuenta. Ahora veo que cometí un error —respondió Einea. Su pecho, de sólidas curvas, subía y bajaba acompasadamente.

—No lo hagas más… o provéete de armas mejores que un simple cuchillo —aconsejó él.

De forma sorprendente, Einea pareció mostrarse resentida.

—Agradezco que me hayas salvado la vida, pero no acepto tus consejos —declaró secamente—. Y añadió—: Tú eres el menos indicado para dármelos.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber.

—Vienes de la tierra prohibida. ¿No crees que yo también podría aconsejarte que no quebrantases la prohibición de los ancianos?

—Eres muy observadora —comentó él —. ¿Cómo lo has sabido?

—Nadie llega ni siquiera hasta aquí, donde yo llegué, es la pura verdad, distraídamente. Y tú vienes de mucho más lejos… y, además, conozco tu fama de ser el mejor cazador de la tribu. ¿Por qué no conseguir la victoria de conquistar el trofeo del monstruo durmiente?

Una débil sonrisa se dibujó en los labios del muchacho.

—Además de observadora, pareces captar lo que hay en el Interior de mi cráneo. Sí — admitió —, es cierto. Pero, dime, ¿piensas delatarme al Consejo de Ancianos?

Einea hizo una mueca de desprecio.

—¿Yo? Lo que haga cada uno es cosa suya. No me importa que caces al «Espíritu-De-Fuego» o que caces un triste ratoncillo. Eres dueño de sus actos —concluyó, inclinándose para recoger de nuevo el cestillo caído.

—La leyenda dice que, sí el monstruo se despierta, abrasará a la tribu con su aliento de fuego — manifestó Adlant —. Tal vez yerre al intentar cazarlo y provoque la catástrofe. ¿No te importaría que sucediese una cosa semejante?

Ella le dirigió una prolongada mirada, agachada como estaba en el suelo.

—No —contestó —, porque para despertar al monstruo hay que penetrar en su interior. Y tú no podrás hacerlo.

Einea terminó de recoger las bayas caídas y se incorporó, aprestándose para emprender la marcha.

—¡Eh! ¡Aguarda! —gritó él —. ¿Qué has querido decir?

—Averígualo, yendo al lago y sumergiéndote en sus aguas, allá donde yace el monstruo — respondió ella por encima del hombro.

Adlant saltó hacia la muchacha y la agarró por un brazo, con intención de pedirle una aclaración a sus palabras. Einea se volvió rápidamente, con la furia brillando en sus ojos.

—¡No me toques! —chilló a todo pulmón.

Y al mismo tiempo, asestó al muchacho un terrible golpe con el filo de su mano derecha.

Adlant era un hombre muy robusto. En circunstancias normales, el golpe, aun contando con la fuerza de Einea, habría resultado para él como una caricia. Pero el filo de la mano cayó bajo su oreja y le pareció que le cortaban el cuello de un solo tajo.

Cuando despertó, Einea había desaparecido ya.

Sin embargo, Adlant no sintió enojo. Sonrió. Golpeándole, Einea le había demostrado la forma más sencilla de derribar a un hombre con un leve toque de la mano. ¿Quién se lo había enseñado a ella?

Tal vez lo averiguase algún día.

Días más tarde, Einea, al regreso de buscar provisiones, encontró en el umbral de su cueva una enorme piel de felino, convenientemente curada y curtida. En seguida adivinó quién había sido el autor del obsequio.

Pero sus labios, siempre serios, no desplegaron una sonrisa de silenciosa gratitud; continuaron fruncidos, prietos, hostiles a todo y a todos.

CAPÍTULO III

Agazapado tras unos matorrales, convertido en una estatua, Adlant observaba los juegos de aquellos peludos animales que, pese a ser mamíferos, pasaban la mayor parte de su tiempo dentro del agua. Eran relativamente pequeños, peludos, de cola alargada y plana, con la cual batían el agua, produciendo secos chasquidos de

fuerte volumen sonoro, pero de distintas tonalidades, según las circunstancias. En aquellos momentos, los castores jugaban, pero si intuyeran algún peligro, los vigilantes batirían el agua con la cola, de una forma claramente distinguible para los experimentados oídos del muchacho, y escaparían en las profundidades del arroyo.

Adlant llevaba muchos días acudiendo a aquel lugar. Tenía motivos para ello, ya que los castores le proporcionaban un venero inagotable de información sobre algo que él quería aprender a toda costa: la natación. Horas y más horas resbalaban sobre su cuerpo inmóvil, mientras sus ojos captaban los menores movimientos de los animales en el seno del agua. Ahora sólo le faltaba encontrar un sitio adecuado para practicar, antes de sumergirse en el lago, junto al monstruo durmiente. Las aguas del arroyo tenían poca profundidad para él… y empezaba a decirse si no tendría que practicar en el mismo lago.

De pronto, una voz femenina sonó a sus espaldas.

—¡Adlant!

Al sonido de la voz, los castores vigilantes batieron el agua con las colas. La manada entera se sumergió y huyó presurosa del peligro.

Adlant se puso en pie. Volvió la cabeza y contempló a la autora de la intempestiva llamada.

—Hola, To-kitha — dijo, con el ceño fruncido.

La hija de To-kith era una muchacha bastante guapa, de pelo negro y ojos marrones, cuerpo firme y bien contorneado, pero con una expresión de egolátrico autoritarismo reflejado en su lindo rostro, que agradaba muy poco a Adlant. Ser hija del presidente del Consejo de Ancianos enorgullecía a To-kitha más de lo conveniente, haciéndola vana, orgullosa e inmodesta.

—¿Cazabas? —preguntó ella.

—No. Estudiaba…

To-kitha enarcó las cejas.

—¿Estudiabas? ¿Qué, Adlant?

—Los movimientos de los «Colas-Que-Hacen-Ruido» —respondió él.

To-kitha rió nerviosamente.

—Ah, ya. El cazador debe conocer de antemano los menores movimientos de sus presas, ¿no es así?

—Tú lo has dicho —contestó Adlant.

En, modo alguno quería que ella conociera sus verdaderos propósitos.

—Entonces, por eso el otro día cazaste un gran gato con tanta facilidad. Conocías bien sus movimientos... pero ¿sabes cuáles serán los de Einea?

El muchacho se puso rígido. To-kitha sabía que la piel estaba en la cueva de Einea.

—¿No me contestas? —preguntó ella, al observar su silencio—. Era una piel magnífica; supongo que Einea debe estar muy orgullosa y complacida con el regalo que le has hecho.

—Le llevé la piel, porque el gran gato estuvo a punto de matarla —respondió Adlant al cabo.—¿Tendré que ponerme yo en peligro para que me regales otra piel?

—Cazar un gran gato no es cosa que se haga todos los días. Yo mismo sólo he cazado dos en mi vida, To-kitha.

—Caza el tercero para mí —pidió ella, mirándole.

Se le acercó, hasta que su busto casi rozó el pecho de Adlant. La provocación era evidente.

—¿No te gusto? —preguntó en voz baja, insinuante—. Soy joven, hermosa... sé guisar, coser pieles, mantener una cueva cálida y abrigada cuando aúlla el vendaval en el tiempo frío... ¿Cuándo agujerearás la ladera para hacer una cueva que nos cobije a ambos?

Adlant vaciló. To-kitha no se había andado con remilgos a la hora de declararle sus intenciones. Ciertamente, era hermosa, en otro sentido, tanto como Einea, pero su rostro era idéntico al de su madre... con veinte ciclos de estaciones menos... y Adlant conocía las rápidas manos y la lengua viperina de la madre de To-kitha. To-kith era el jefe de la tribu, pero su esposa le dominaba por completo, con la palabra o con un buen garrote, cuando las palabras no bastaban. Las peleas entre ambos esposos eran la comidilla casi cotidiana de la tribu, inagotable vivero de sarcásticos comentarios... y él no quería que, veinte veranos más tarde, su mujer le persiguiese con una estaca, sólo por haber mirado a alguna adolescente de líneas rotundas y ojos de fuego.

To-kitha era astuta además de hermosa y captó las vacilaciones que se reflejaban en el transparente rostro del muchacho.

—Estás pensando en Einea —dijo con rabia—. Lo veo con toda

claridad en tus ojos. Ella te gusta más que yo… esa vulpeja de pelo amarillo y ojos acuosos, que no es de nuestra raza siquiera… y quizá tampoco pertenece a la tribu.

Adlant respingó. No se le había ocurrido considerar el problema hasta entonces en semejante dimensión.

Salvo por el color del pelo y de los ojos, Einea semejaba una tribeña auténtica. La vida al aire libre había atezado su epidermis, confiriéndole un color tostado en las partes que quedaban expuestas a la intemperie, lo mismo que To-kitha, lo mismo que él y que todos los demás tribeños. Pero nunca había concebido la idea de que Einea podía no pertenecer a la tribu.

Tal vez por dicha razón, Einea había pronunciado aquellas palabras tan enigmáticas, referentes al monstruo durmiente. Entonces, si no pertenecía a la tribu, ¿de dónde había venido?

—Eso no es cierto —dijo, pero débilmente, sin convicción.

To-kitha sacó el busto de modo ostensible.

—¿De veras? ¿Por qué no hablas con mi padre? El podría decirte al respecto algunas cosas referentes a Einea…

—Deja a Einea en paz —rezongó Adlant—. Creo que es una buena muchacha y el que pertenezca a la tribu o no, es cosa que no tiene importancia.

—¡La estás defendiendo! —chilló To-kitha, furiosísima, devorada por los celos, porque veía que el que ella consideraba fascinador despliegue de sus gracias corporales no había impresionado al muchacho. De pronto, le agarró por un brazo y le zarandeó con fuerza —. ¡Ella no es de la tribu, ella no es de la tribu! —insistió una y otra vez, lívida y descompuesta.

—¡Suéltame! —exclamó Adlant, enojado por la situación.

Movió el brazo con gesto instintivo. Era fuerte y su movimiento halló a To-kitha desprevenida. La muchacha trastabilló y cayó al suelo, chillando atrozmente.

Adlant dio un paso hacia ella. En aquel momento sonó una voz humana que parecía más bien el rugido de una fiera.

—¡Adlant!

El muchacho levantó los ojos. Al instante se puso en guardia.

Fazor, «El-Que-Mira-De-Lado», había surgido de repente, justo en el momento en que To-kitha caía de espaldas, más bien por su propia pérdida de equilibrio que por la fuerza real del empujón de

Adlant. Pero el muchacho era inteligente y comprendió que había sido sorprendido en mala situación. Cualquiera, aun el mejor Intencionado, hubiese creído que había derribado a golpes a To-kitha.

Fazor era un hombre enorme, quizá más bajo que Adlant, pero de hombros anchísimos y brazos extraordinariamente robustos. Tenía la frente un tanto deprimida y, bajo el espesísimo vello de sus cejas, brillaban dos ojos de intenso color negro, uno de ellos un poco desviado con relación al otro. Las aletas de su nariz se movían, espasmódicamente, como si olfateasen de antemano la sangre del hombre a quien siempre había odiado por envidia… envidia de su mejor figura, de su mayor rapidez, de su superior astucia, inteligencia y fama… pero no de su mayor fuerza, porque él, Fazor, era capaz de quebrar la espina dorsal de Adlant con la misma facilidad que si fuese un junco seco.

Avanzó despacio hacia él, con las manos engaritadas.

—Te voy a matar —dijo en voz baja—. Vas a morir, porque nadie puede ofender impunemente a la hija de To-kith.

Adlant arrojó un rápido vistazo a To-kitha. Caída todavía en el suelo, la muchacha sonreía tenuemente, con los ojos brillándole a causa de la satisfacción de ver que dos hombres se iban a pelear a muerte por ella… una pelea de la cual se hablaría en la tribu durante largos, incontables inviernos. Su pecho palpitaba con fuerza, a causa de la excitación que la poseía, distendiendo con amplias curvas el burdo tejido de fibras que lo cubría.

Adlant se dio cuenta de que nada de lo que dijera podría detener las ansias homicidas de Fazor. En consecuencia, se dispuso a defender su vida… pero ni siquiera pudo sacar su cuchillo, porque Fazor, arrojándosele impetuosamente encima, le golpeó con la cabeza en el pecho y lo derribó de espaldas al suelo.

El cabezazo en el pecho le hizo perder casi el sentido. Notó que se quedaba sin aire y boqueó agónicamente, buscando el gas vital para sus vacíos pulmones. Una rodilla de Fazor se hundió en su vientre, en tanto que sus dedos, poderosos como zarpas, buscaban con afán las pupilas de Adlant. Quería dejarle ciego en un santiamén, con una rápida y simultánea torsión de ambos pulgares… para disfrutar sádicamente del espectáculo de un hombre con las cuencas vacías, antes de rematarle por el salvaje

procedimiento de patearle las costillas, el cuello, la cara, el vientre...

Se retorció de pronto y ambos cayeron de lado. Fazor rugió al darse cuenta de que su golpe había fallado.

Los dos se incorporaron de un salto, quedando enfrentados de nuevo. Tras unos segundos de vacilación, Fazor cargó del mismo modo que la vez anterior.

Pero ahora, Adlant estaba ya prevenido y se echó a un lado ágilmente. Fazor erró el golpe, vaciló y cayó debajo. Su cabeza golpeó contra una piedra y quedó semiinconsciente durante unos instantes.

Fazor sonrió al captar la momentánea impotencia de su adversario. Sacó el hacha de piedra de su cinturón de piel y la levantó por encima de su cabeza. El arma cayó. En el último instante, Adlant rodó desesperadamente sobre sí mismo, esquivando por fracciones de segundo un golpe que, de haberle alcanzado de lleno, le habría partido el cráneo por la mitad. El sílex golpeó la hierba con sordo crujido, y Fazor, fallado el golpe, vaciló un poco.

Trató de recobrarse. Estaba apoyado en el suelo con ambas manos y tenía la cabeza un tanto erguida.

En aquel momento, Adlant recordó el golpe que le había asestado Einea. Todo ocurrió en un espacio de tiempo inverosímil.

El filo de su mano golpeó el cuello de Fazor, debajo y detrás ligeramente de su oreja. Fazor lanzó un gruñido animal y se desplomó de cara al suelo, fulminado por aquel golpe de efectos devastadores.

Adlant se puso en pie de un salto. Observó que To-kitha se había puesto en pie.

Los ojos de la muchacha brillaron de forma demoníaca. —¡Mátalo! —dijo—. Tienes derecho a ello, Adlant.

Adlant la contempló con asco, con repulsión. A To-kitha no le importaba quién muriese, ni aun él mismo, a pesar de su descarado ofrecimiento de tan sólo unos minutos antes.

Lo que To-kitha quería ver era la sangre humana corriendo sobre la verde hierba. Se había ofrecido antes a él, pero si Fazor le hubiese matado, habría sido su presa con la misma facilidad que le había formulado el desvergonzado ofrecimiento.

—Debiste haberle advertido que te habías caído tú, y no a

consecuencia de un golpe mío —contestó él —. Los ancianos repiten constantemente que las luchas, entre los miembros de una misma tribu, no son convenientes, porque debilitan nuestra fortaleza. Sólo debemos pelear contra otros tribeños... cuando nos ataquen. ¿Por qué, tú, la hija de To-kith, hablas así?

To-kitha enrojeció de ira al escuchar la reprensión. Quiso decirle algo al muchacho, pero Adlant estaba recogiendo ya sus armas para marcharse.

—¡Me las pagarás! —aulló, blandiendo el puño con ira hacia Adlant, cuando éste, sin volver la espalda, se alejaba del lugar de la pelea.

Fazor despertó más tarde. Al abrir los ojos, miró a To-kitha con aire aturdido.

—¿Qué... me ha pasado? —preguntó.

To-kitha le escupió a la cara.

—¡Estúpido! —le apostrofó airadamente.

Y se marchó, dejándole desconcertado... y con el cuello dolorido en el lugar donde había recibido el golpe de Adlant.

El odio de Fazor hacia Adlant creció hasta alcanzar límites inconmensurables. Pero, astuto a su modo, se dijo que debía buscar su perdición de otra forma menos comprometedora para él. Si Adlant hubiese sido otro, le habría degollado con su cuchillo... y nadie hubiese podido reprochárselo. Se estremeció al pensar en lo cerca que había estado de morir, pero ello no hizo variar sus ideas con respecto al muchacho.

CAPÍTULO IV

En pie, al borde del agua, Adlant dudaba.

Tenía una Sarga cuerda de fibra en torno a la cintura, cuyo otro extremo se hallaba atado al saliente de una roca. La cuerda tenía una longitud de veinte brazos al menos y había sido tejida por su madre, de acuerdo con las instrucciones que él mismo le había facilitado.

Había probado repetidas veces su resistencia, atándola a la rama de un árbol y colgándose de él, con un gran peso sobre sus hombros. La cuerda era capaz de resistir mucho. ¿Por qué temía, entonces?

El agua le infundía un temor como no había sentido ante un gran gato o ante un «Nariz-Larga». Por ello vacilaba.

Pendiente de su cinturón de piel tenía el cuchillo de piedra y el hacha del mismo material, armas que estimaba más que suficientes para combatir al «Espíritu-De-Fuego» durmiente. Si hubiese estado en el exterior, no le habría temido en absoluto.

Pero dentro del agua...

¿Despertaría el monstruo rugiendo y vomitando llamas apenas franquease él la cristalina barrera de la superficie?

Inspiró profundamente. O se decidía o volvía al poblado.

Pero So que no podía hacer era permanecer allí por más tiempo, irresoluto, sin hacer nada.

O cazaba al monstruo o regresaba derrotado.

Claro que sería una derrota relativa, porque nadie se enteraría de lo que había hecho. Pero él sí sabría que no se había atrevido a entrar en el agua y se sentiría profundamente avergonzado de sí mismo. ¡Ahora o nunca!

Se tiró de cabeza, procurando imitar los movimientos de los animales que vivían fuera del agua, pero que pasaban mucho tiempo dentro de ella. Saltó desde un metro de altura, con las manos por delante, el cuerpo estirado y las piernas juntas; el instinto le dijo que aquélla era la postura de menor resistencia el avance.

Penetró profundamente, abriendo los ojos al mismo tiempo que contenía la respiración. El agua estaba un tanto fría, pero en la excitación del momento no reparó en el detalle.

De pronto, sintió que la cuerda tiraba de él. Había llegado al máximo de su longitud... pero apenas si había columbrado la masa confusa del monstruo.

Retrocedió a la superficie, perneando con frenesí, a la vez que se asía a la soga para ganar rapidez. Cuando salió afuera y vio las rocas bañadas por el sol, casi estuvo a punto de llorar de alegría.

Pero después se sintió muy defraudado, mientras, en cuclillas, meditaba sobre lo que acababa de realizar.

El monstruo no se había despertado porque él hubiese invadido sus dominios. En cierto modo, lo esperaba así; era un animal tremendo, muy superior en tamaño a cuantos conocía; por lo tanto, ¿cómo iba a turbar su sueño él, un simple pigmeo comparado con

aquel ser?

Reflexionó largo rato. Al fin llegó a una conclusión.

Debía servirse de la cuerda únicamente para aprender a nadar. Cuando supiese desenvolverse en el líquido elemento tan bien como lo hacía en la tierra o en las copas de los árboles, entonces podría atacar abiertamente al monstruo. Una cuerda mucho más larga no resolvía su problema; antes bien, le produciría un gran estorbo. ¿Usaban cuerda los castores?

De súbito oyó un ligero ruidito a sus espaldas.

Se volvió con velocidad relampagueante, a la vez que empuñaba el cuchillo. En una tierra poblada de enemigos hostiles, la menor distracción resultaba siempre fatal.

Respiró aliviado al conocer la causa del ruido. No era ningún ser hostil.

Einea sonrió ligeramente.

—¿Tienes miedo de mí? —preguntó.

—No. Me alarmé al oír un poco de ruido, eso es todo — contestó él.

Hubo una pausa de silencio, durante la cual los dos se miraron a los ojos. Luego, la muchacha volvió la vista hacia el lago, a través de cuya superficie se entreveía el afilado morro del monstruo.

—Estabas estudiando el modo de cazarlo —afirmó.

—No tengo por qué negarlo —respondió Adlant. Volvió a ponerse en cuclillas—. Si lo consiguiera, le daría muerte y desaparecería su amenaza sobre la tribu.

—Y adquirirías una gran fama, mucho mayor que la que aun tienes.

—¿Acaso es malo ser un cazador famoso?

—No, en absoluto. Eso te proporcionaría, además, dentro de varias estaciones, el acceso al Consejo de Ancianos y, más adelante, a la jefatura de la tribu. ¿No es verdad que piensas así?

—Parece como si te disgustasen mis propósitos. ¿No te gustaría tener en la puerta de tu cueva la piel de plata del monstruo?

Einea sonrió.

—Unida a la piel del gato que quería matarme —dijo—. Sí, sería un magnífico trofeo para una doncella… pero yo no la querría.

Adlant volvió la cabeza.

—¿Por qué?

—No se puede querer lo que no se puede tener —manifestó ella sentenciosamente—. Es decir, ¿para qué quiero poseer una estrella si no puedo tenerla conmigo?

Adlant miró una vez más hacia el agua.

—No estés tan segura de que no pueda cazar al monstruo. Espera a que sepa nadar...

—¿Así? —rió Einea con burla. Y de pronto, sin más palabras, se arrojó de cabeza al agua.

Adlant ahogó una exclamación de asombro al ver desaparecer a la muchacha en las profundidades del lago. Einea se hundió a gran distancia y tardó en asomar un lapso de tiempo que a él le pareció increíblemente largo.

Cuando surgió a la superficie, lo hizo muy lejos de la orilla, en el sitio justo en que se hallaba el monstruo. Adlant respiró aliviado, y luego, con silenciosa admiración, contempló las largas y fáciles brazadas que daba la muchacha para regresar a la orilla.

Tan asombrado estaba, que no se fijó apenas en el espectáculo que constituía Einea al salir del lago y quedar en pie, mojada de pies a cabeza, con los largos cabellos amarillos mojados, colgándole hasta la cintura, y la ropa pegada a las firmes líneas de su cuerpo, haciendo resaltar la menor de sus gráciles curvas, todas ellas sólidas y compactas. Einea sonreía satisfecha.

—¿Quién te enseñó a nadar así? —preguntó él, al cabo de un rato.

—No importa ahora —dijo Einea, agarrando con ambas manos la espesa mata de sus cábelos y retorciéndolos para escurrir á! agua —. ¿Te gustaría aprender?

—¿Me enseñarías tú? —preguntó.

Hubo una pausa de silencio.

—To-kitha me odia —confeso Einea —. Sí sabe que hemos estado juntos...

—¡A mí no me importa lo que piense To-kitha! —declaró él con vehemencia —. ¡Es mala, orgullosa, déspota y vana! ¡No seré yo quien cave una gruta para ella!

Einea sonrió satisfecha.

—El otro día tuviste una pelea con Fazor por causa de To-kitha —dijo.

—Creí que no lo sabía nadie, más que nosotros —exclamó

Adlant, asombrado.

La sonrisa continuaba en los labios de Einea.

—Estaba escondida, observándote cuando tú mirabas a los castores —dijo —. Lo vi todo… y si Fazor te hubiese matado, yo le habría matado a él.

—Parece que te interesas mucho por mí —murmuró Adlant —. No sé por qué, pero tengo la sensación de que buscas en mí algo más que un suministrador de comida y un padre para tus hijos. ¿Me engañó?

—No; es cierto —admitió Einea —. Quieres cazar al monstruo, ¿verdad?

—Demasiado lo sabes.

—Nunca podrás lograrlo si sigues con esa cuerda atada a la cintura. ¡Quítatela! —dijo ella en tono imperativo.

—Pero…

Einea cortó en seco la tímida protesta del muchacho.

—Quítatela. Y deja también el hacha. Conserva sólo el cuchillo; tienes de sobra.

—¿Vas a enseñarme a nadar tú?

Einea le miró fijamente.

—Sí —contestó al cabo de unos instantes.

* * *

Al finalizar el día, Adlant había conseguido realizar notables progresos gracias a las enseñanzas que le había impartido la muchacha. Como era ya tarde para regresar al poblado, decidieron pernoctar en aquel mismo Jugar.

Tenían algunas provisiones, que devoraron con singular apetito. Adlant sentía que se le atropellaban muchas preguntas en la punta de la lengua, pero había algo que le cohibía, impidiéndole formularlas. ¡Era tan extraña, en algunos aspectos, la conducta de la muchacha!

Habían encendido una pequeña hoguera, por el procedimiento de frotación, que todos los tribeños conocían. Einea se inclinó para arreglar un poco las ramas secas que ardían y daban luz en la noche, y al hacerlo, las llamas hicieron destacar las rotundas líneas de sus senos, la figura de su talle y la curva de sus caderas. Adlant

sintió de repente una extraña sequedad en sus fauces.

Se puso en pie casi maquinalmente.

—Einea —dijo con voz ronca.

Ella alzó los ojos. Le miró. Vio la expresión de su cara.

Se incorporó también. Adlant dio un paso hacia ella y la cogió por los brazos.

—Einea —repitió.

La muchacha seguía mirándole en silencio. Luego, despacio, movió la cabeza de derecha a izquierda.

—No. Todavía no es el tiempo de que yo sea tu mujer — dijo —. Tenemos que hacer algo mucho más importante.

—¿Más importante que ser esposos? —preguntó él.

—¿Qué?

—Cazar al monstruo —declaró Einea con voz firme —. Cazarlo, domarlo y hacer que nos sirva.

Adlant la miró atónito. ¿Domar al monstruo?

Einea se soltó suavemente de sus manos y se alejó de la hoguera.

—Es hora de dormir —murmuró.

Adlant tardó mucho en conciliar el sueño aquella noche.

CAPÍTULO V

Apenas más tarde, To-kitha interceptó el paso a Einea cuando la muchacha regresaba a su cueva con un odre lleno de agua.

—Párate —ordenó To-kitha.

Einea la miró con más curiosidad que miedo.

—¿Qué quieres?—preguntó.

—Estos días has estado mucho fuera del poblado —dijo To-kitha.

—¿Está prohibido que una mujer que vive solarse alejé en busca de comida para alimentarse?

—¿Estás segura de que sólo buscabas comida? —preguntó To-kitha, riendo nerviosamente.

Einea apretó los labios.

—En todo caso —respondió—, no es a ti a quien tengo que dar cuenta de mis actos. Ni siquiera a tu padre, porque no he quebrantado ninguna ley de la tribu. Ser hija del presidente del

Consejo de Ancianos no te da derecho a investigar mis acciones.

—Según qué clase de acciones —dijo To-kitha con rabia—. Por ejemplo, los encuentros que has tenido constantemente con Adlant.

Einea dejó de respirar por un momento.

—¿Eres acaso su dueña? ¿No es libre de hacer So que quiera? ¿Te ha prometido cavar una gruta para los dos?

—No. — To-kitha avanzó un paso, temblando de celos—. Pero lo quiero para esposo y no consentiré que ninguna doncella, y menos una que no pertenece siquiera a la tribu, me lo arrebate. Antes te matada, lo juro.

Einea sonrió.

—Eso compagina muy mal con la pelea que sostuvieron Adlant y Fazor hace bastantes días. Entonces, no te hubiese importado que él hubiera muerto a manos de ese repugnante Fazor, ¿verdad? ¿Es ése el amor que dices sentir por Adlant? ¿O es que únicamente tratas de satisfacer tu vanidad, conquistando para esposo al cazador de más fama de la tribu?

Las facciones de To-kitha se inflamaron por la cólera. Lanzando un chillido inarticulado, se arrojó sobre su rival, con los dedos rectos, intentando arrancarle a zarpazos la carne del rostro.

Einea saltó hacia atrás, a la vez que levantaba el odre y lo hacía girar en sentido horizontal. El odre golpeó los antebrazos de su rival, haciéndole dar una vuelta completa sobre sí misma.

To-kitha perdió el equilibrio y cayó de rodillas al suelo, vuelta de espaldas a Einea. Estuvo así un momento, y luego, rugiendo de ira, se levantó de un salto y se abalanzó de nuevo sobre Einea.

La muchacha había perdido el odre al golpear a su rival. Pero no por ello se asustó ante la fiera actitud que se veía en las facciones de To-kitha.

Movió su brazo derecho, haciéndole describir un semicírculo horizontal. El antebrazo alcanzó el costado izquierdo de To-kitha, la cual se curvó en seguida hacia aquel lado.

To-kitha lanzó un gemido de angustia. Braceó frenéticamente, buscando un modo de defenderse, pero, en el mismo momento, el brazo de su rival le golpeó de nuevo, ahora en el estómago, obligándola a doblarse hacia delante. Entonces, sintió un ruido atronador detrás de la oreja y notó que se hacía la noche para ella en pleno día.

Despertó mucho más tarde y lloró por la humillación sufrida. Lloró de rabia y de celos, pero, al mismo tiempo, se juró a sí misma no descansar hasta que su rival hubiese sido eliminada... ¡Aunque no hubiese existido ningún Adlant, Einea tenía que morir! ¡Antes de que llegase el nuevo día, si era posible!

Aquella noche, Einea permaneció despierta largo rato en la soledad de su cueva. El incidente con To-kitha le había hecho ver lo precario de su situación.

To-kitha había dicho que ella no pertenecía a la tribu. No era verdad; había nacido en aquella misma gruta. Pero había algo en ella que le hacía sentirse extraña, fuera de lugar entre los tribeños.

¿Qué era?

Su madre, antes de morir, le había contado muchas cosas. Y enseñado otras muchas más. Einea había creído que eran cuentos destinados a distraerla, pero cuando se hizo mayor, comprendió que eran ciertas.

Una de las cosas que su madre le había contado era que tenía que cazar y domar al monstruo que dormía en el fondo de! lago. Pero no podía hacerlo por sí sola; tendría que buscar a alguien que la ayudase. Un hombre joven, fuerte, inteligente, que no conociese el temor... un hombre como Adlant, por ejemplo. Pero, a veces, Einea se sentía acometida por fuertes dudas y pensaba si no se habría equivocado al elegir a Adlant para llevar a cabo aquella misión.

Y, sin embargo, si no era Adlant, ¿a quién otro podía elegir?

No había ninguno como Adlant, forzoso era reconocerlo. Su madre, y la madre de su madre, también habían buscado al hombre que domase al «Espíritu-De-Fuego»... pero no habían acertado en la elección. ¿Acertaría o se equivocaría?

¿Tendría que transmitir a su hija —la que concibiese de su unión con un tribeño — los conocimientos y las leyendas que su madre le había transmitido, heredadas, a su vez, de sus antepasadas?

Empezó a dormirse, tratando de dar de lado aquellas crueles dudas que atenazaban su espíritu. De pronto, oyó un ruidito sospechoso a la entrada de la cueva.

Abrió los ojos. Alguien se deslizaba subrepticiamente hacia ella.

Extendió el brazo y asió con fuerza el mango del hacha que siempre dejaba cerca de su mano. No tenía la menor duda de que la

rencorosa To-kitha quería desquitarse de la derrota sufrida por la mañana.

To-kitha no atacaría en persona, no, sabiendo que podía ser vencida de nuevo y, además, que en la segunda ocasión, Einea podía no ser tan compasiva como la primera. Seguramente había convencido a algún joven tribeño para que hiciese lo que ella no se atrevía a ejecutar.

¿Quién sería?, se preguntó.

Por un instante, temió que se tratase de Fazor y el pánico la invadió. Fazor era un hombre de fuerzas descomunales y no estaba segura de que, ni aun usando sus golpes astutos, consiguiera salvarse. Tenía que ser otro...

El hombre se arrojó de súbito encima, sofocándola con su peso. Las manos del atacante buscaron la garganta de Einea.

Einea movió el brazo derecho en semicírculo. El filo de la obsidiana cayó sobre la nuca de su asaltante.

Este gruñó. El golpe, debido a la postura de la muchacha, había resultado errado. Einea intentó repetirlo, pero entonces, el otro, moviendo la mano bruscamente, golpeó su brazo y el hacha saltó a un lado.

Otra vez, trató el intruso de estrangular a la muchacha. Einea levantó de pronto la rodilla y la clavó en el bajo vientre de su atacante, haciéndole aflojar la presión.

El hombre quedó sorprendido por aquella resistencia que no esperaba, ciertamente. Einea se aprovechó de la circunstancia y rodó a un lado, escabullándose de las garras de su adversario.

Este intentó apresarla de nuevo. Pero ya había perdido la iniciativa.

El pie de Einea le golpeó en pleno rostro, derribándole de espaldas. A pesar de todo, era un hombre fuerte y se incorporó de un salto, lanzándose de nuevo hacia la muchacha con los brazos extendidos.

Einea se agachó. Dejó que el tribeño pasara por encima de ella. Luego, alzándose súbitamente, giró un cuarto de vuelta hacia su izquierda y descargó el filo de su mano, con todas sus fuerzas, contra la nuca de su oponente. Sonó un seco crujido y el individuo se desplomó de bruces, sin un solo movimiento más.

Einea dejó pasar unos momentos, a fin de normalizar su

respiración. Luego se arrodilló junto al caído y le puso la mano en la espalda.

El corazón se había parado. Su golpe le había resultado fatal al frustrado homicida.

Einea no lloró ni hizo aspavientos por lo que acababa de suceder; a fin de cuentas, había defendido su vida. En tales circunstancias, cualquiera tenía derecho a matar.

Permaneció unos momentos indecisa, sin saber qué decisión tomar. No podía esconder indefinidamente el cuerpo en la cueva; al cabo de algún tiempo, el hedor deja putrefacción delataría su presencia allí… si antes, el jefe To-kith, a instancias de su hija, no ordenaba practicar un registro. No, tenía que hacer algo muy distinto.

El asaltante no había sangrado, pues había muerto por fractura de las vértebras cervicales. Era un golpe que no dejaba huellas… ¿por qué no simular un accidente?

A la mañana siguiente, unas mujeres que iban en busca de agua descubrieron el cadáver de un hombre, con la mitad del cuerpo sumergida en la corriente del arroyo. Inmediatamente, se formó el escándalo consiguiente.

Cuando sacaron el cuerpo fuera del agua, vieron que el muerto era So-lig, «Andador-Que-Nunca-Se-Cansa». So-lig era muy aficionado a beber en abundancia jugo de vides silvestres y se emborrachaba con gran frecuencia. La deducción acerca de los orígenes de su muerte era obvia.

Sólo una persona sabía que So-lig no había muerto por accidente. Y, al mismo tiempo que sentía un miedo casi supersticioso hacía fa mujer que había sido capaz de matar sólo con sus manos a un sujeto tan robusto como So-lig, To-kitha sintió que su odio hacia Einea acrecía hasta alcanzar límites insuperables.

* * *

Tensos los músculos, prietos los labios, Adlant contempló el verdoso brillo de la nave sumergida en el fondo de las aguas.

Pendiente de su cinturón, tenía el cuchillo de piedra volcánica, más afilado y con la punta más aguzada que nunca. Era un arma pesada y ligera a un tiempo, larga casi como su antebrazo y de

efectos mortíferos y seguros bien manejada por su dueño. Tenía no sólo que cazar, sino también domar al monstruo. Einea se lo había dicho.

Einea, la extranjera que había nacido en la tribu. ¿Cuántas cosas sabía la muchacha? ¿Quién se las había dicho? ¿Cuáles le ocultaba todavía?

No importaba, por el momento. Einea se lo había dicho; y él, en este aspecto, tenía fe ciega en la muchacha. Cazaría y domaría al monstruo. Ahora ya estaba entrenado y nadaba magníficamente y, lo que aún era mejor, podía permanecer larguísimo rato bajo el agua... tantos latidos de su corazón como quince veces los dedos de sus manos. O más, todavía, a poco que se esforzase.

Lentamente, se llenó los pulmones de aire, hasta que su pecho se hinchó al máximo. Entonces, con un seco movimiento, se lanzó de cabeza al agua.

Nadaba con rapidez, con soltura, con la misma agilidad con que corría o trepaba a las copas de los árboles más altos, en un tiempo brevísimo. Una vez conocidos los fundamentos de la natación, el instinto y la inteligencia, ésta derivada de la práctica, a partes iguales, habían hecho el resto. Pocos peces hubieran podido ganarle en una carrera corta.

En unos instantes se sumergió a gran profundidad, alcanzando los brillantes costados del monstruo, que relucían en el seno de las aguas. Llegó cerca de él y comprobó, con bastante asombro, que era de forma cilíndrica antes de terminar en la punta que se veía desde los acantilados.

Tenía reservas de aire todavía. Aún no habían pasado cincuenta latidos de su corazón. Podía soportar cien o más, antes de elevarse de nuevo en busca de aire. Llegó junto al costado curvo del monstruo y, venciendo su temor, lo tocó con la yema de los dedos.

No ocurrió nada. El «Espíritu-De-Fuego» permaneció quieto, callado, silencioso. Adlant dio una vuelta completa en torno a su alargado cuerpo, que parecía el de un gusano gigantesco, liso, sin las separaciones de los anillos características de aquellos seres. El cuerpo estaba frío, más aún que las mismas aguas que lo envolvían.

De pronto, antes de concluir la vuelta, se encontró de frente con la bocaza del monstruo, abierta de par en par.

Su mano voló al cuchillo, al que arrancó del cinturón. Moviendo

levemente las piernas, se mantuvo cara a las fauces del monstruo... una boca negruzca, enorme, que podía contener a la vez a cinco hombres como él.

¿Había despertado al animal?

La duda se mantuvo durante diez latidos de su corazón. Era raro el animal que no tenía su punto débil en la boca. ¿No había matado él a los grandes lagartos, de escamas de piedras, introduciéndole la lanza en la boca armada de infinidad de dientes? ¿Por qué no convertirse él en lanza... y que su cuchillo fuese la punta afilada al extremo del astil que sería su propio cuerpo?

Calculó que le quedaban latidos escasos antes de tomar aire. Era preciso asestar el golpe rápidamente y luego ascender a la superficie. Tomando impulso, taloneó con furia y se arrojó hacia la boca del monstruo.

CAPÍTULO VI

El cuchillo rebotó.

Rebotó una y otra vez. Adlant no conseguía perforar el duro paladar del monstruo.

Sintióse de repente asaltado por el pánico. El aire empezaba a faltarle ya y todavía le quedaba un largo trecho antes de alcanzar la superficie.

Giró en redondo. Idearía otro medio de vencer al monstruo... cuyo sueño, por cierto, debía ser bien profundo, ya que los golpes asestados no habían conseguido despertarle. Al volverse su miedo aumentó de manera colosal.

¡Las fauces se cerraban!

Había poca luz a tal profundidad, aunque sí la suficiente para ver que la boca del monstruo se cerraba, con él en su interior. Frenéticamente, taloneó para escapar a una horrible muerte, pero cuando llegó a la salida, encontró que ya no podía escapar, no había espacio suficiente para que pudiese pasar su cuerpo.

Intentó empujar la mandíbula hacia afuera, empleando todas sus fuerzas y las últimas partículas de aire que restaban en sus pulmones. Hubiese podido retorcer con facilidad la trompa de un mamut... pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

La boca se cerró. Adlant quedó sumido en una negrura total,

absoluta.

Ya no tenía aire en los pulmones. El cuchillo se escapó de sus dedos y cayó al suelo. Flotó en el líquido, peligrosamente próximo a la inconsciencia definitiva.

Se debatió instintivamente, pero sus movimientos apenas obedecían a la voluntad; eran gestos reflejos de un cuerpo que se resistía a morir. Vagamente, mientras sentía en torno suyo un extraño gorgoteo... el movimiento de las fauces que se disponían a deglutirlo, sin duda, se dejó caer hacia abajo.

Los hombros tocaron algo duro. Los pulmones le ardían y la cabeza amenazaba con estallar. Puntos luminosos de todos los colores empezaron a bailar una danza frenética en torno suyo.

Y de pronto, sintió que un chorro de aire fresco y puro entraba en sus pulmones, volviéndole a la vida cuando ya se daba por muerto. El aire entró hasta el último rincón de su aparato respiratorio, con una corriente vivificadora, que le hacía sentirse un hombre nuevo. Al mismo tiempo, observó, con no poco asombro, que el agua que le rodeaba había desaparecido casi por completo.

Entonces vino la luz, como si el sol hubiese traspasado el agua y la cerrada boca del monstruo. Adlant se puso el brazo delante de los ojos, a fin de evitar el resplandor que le cegaba, después de su permanencia en las tinieblas.

Esperó unos momentos, hasta que se hubo recobrado del mal rato que acababa de pasar. Poniéndose en pie, paseó la vista en torno suyo, hallando que estaba en una cueva cuadrada, de gran tamaño y de paredes brillantes.

El cuchillo yacía en el suelo, en el que apenas si quedaban vestigios de humedad. Lo recogió, empuñándolo con fuerza. Empezaba a darse cuenta de que no había tal monstruo... sino algo que, en todo caso, lo era en otro sentido, viviente pero inanimado... ser, pero no con vida propia... algo que no acertaba a definir exactamente en su ignorancia.

De pronto, uno de los lados de la cueva cuadrada se descorrió silenciosamente a un lado, dejando ver lo que había más allá. Adlant dio dos pasos y se detuvo en el umbral.

Los ojos de un humano contemplaron por primera vez el interior de la nave sumergida hacía doscientos años. Adlant avanzó tres o cuatro pasos más, observando con tremenda estupefacción cuanto

tenía al alcance de su vista.

No, aquello no podía ser un animal, ni siquiera durmiente. Era algo construido por unos hombres desconocidos, una cosa hecha por seres que poseían una inteligencia muy superior a la suya. ¿Qué era? ¿Para qué serviría? ¿Qué ventajas podían derivarse de su posesión?

Un extraño sonido llegó de pronto a sus oídos. Giró en redondo, encorvado, las piernas a media flexión, con el cuchillo listo para atacar. Una voz desconocida le hablaba... ¿algún dios misterioso que moraba en el interior del ser de duros suelos y paredes?

La voz era suave, persuasiva y parecía llegar de un punto situado lejos de la entrada. Atraído por aquel sonido, Adlant caminó recelosamente, hasta llegar a otra cueva en la que había una infinidad de objetos cuyo uso le resultaba por completo desconocido.

Paseó sus manos por las brillantes superficies, por los círculos blancos y de color que había por todas partes. También vio unos sillones de color rojo, extrañamente cómodos, acogedores, llamativos... y no sólo por el tono de su tapizado, sino por su forma tan acomodada a la de un cuerpo humano.

Se sentó en un sillón. Al hacerlo, un diminuto sol amarillo se encendió frente a él.

Adlant se puso en pie de un salto. La luz se apagó.

Alargó la mano y tocó con las yemas de los dedos el punto de donde había brotado el resplandor. Tenía la forma de media manzana, pero algo mayor y era liso y frío. No parecía encerrar peligro alguno.

Volvió a sentarse. La luz se encendió de nuevo.

Esta vez, Adlant no se levantó, sino que quedó en el mismo sitio, observando con ojos fascinados el resplandor, que tenía un color amarillento suave, como de ámbar claro. A los pocos momentos, la luz osciló, pareciendo que iba a acabarse, pero de pronto cobró intensidad, más aún que antes.

Al mismo tiempo, la voz que había escuchado antes sonó de nuevo, dulce, persuasiva. A Adlant le pareció que era la de su madre en la época de su niñez, cuando le arrullaba para que se durmiese.

Relajó sus músculos y se tendió en el sillón. La luz seguía

oscilando… fuerte, débil… fuerte, débil… Empezó a tener sueño.

Y se durmió profundamente.

Lo extraño del caso fue que continuó oyendo la voz mientras dormía.

Todavía más extraño, más maravilloso… ¡un milagro!

¡Entendía perfectamente lo que le decían!

* * *

¿Cuánto tiempo permaneció dormido?

¿Horas? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses?

Abrió los ojos, percibiendo una extraña sensación… La sensación de haber sufrido una transformación total, de ser un hombre absoluta y diametralmente distinto al que había sido hasta que entró en la nave del espacio.

Porque ahora ya sabía que no se trataba de un animal, que no era un «Espíritu-De-Fuego» el ser en cuyo interior se encontraba, sino una nave con la que podría volar a las estrellas, un aparato maravilloso construido por hombres que poseían una inteligencia incomparablemente superior a la suya… pero no inalcanzable para él.

Adlant supo que ya no sería el mismo a partir de aquel momento. Ahora, su vida había cambiado de manera radical. Era otro, sin haber cambiado de figura.

A pesar de todo, aún le quedaban muchas, muchísimas cosas por aprender. La voz se lo había dicho bien claramente.

—Esta ha sido tu primera sesión de enseñanza por hipnopedia. No quiero fatigarte más; en doce horas has dado un salto que a nosotros nos costó varios miles de años. Has aprendido lo más rudimentario; antes de que llegues a conocer cuanto necesitas, habrá de pasar algún tiempo. La próxima sesión tendrá lugar dentro de una semana. Ahora, es conveniente que tu mente se habitúe a los conocimientos que has adquirido, que vayas acondicionando tu espíritu a la nueva situación, para evitar un choque demasiado brusco. Vuelve dentro de siete días y realizaremos la segunda sesión hipnopédica.

Yél había preguntado:

—¿Podré volar a las estrellas?

Y la voz había respondido:

—Sí, pero cuando estés en condiciones para ello, no sólo de gobernar la nave, sino de saber si quieres o no abandonar tu mundo. Cuando hayas comido, sal y vuelve junto a los tuyos. ¿Necesitaré decirte la conveniencia de que guardes silencio?

Pero Adlant había objetado:

—Hubo una persona que me dijo que podría domar al monstruo... Supongo que domar significará lo mismo que gobernarlo, aunque eso es lo de menos ahora. ¿Puedo comunicarle a esa persona lo que sé?

—Si es discreta, sí.

Entonces se había despertado.

Después de unos momentos de reflexión, tratando de acomodar su mente a la nueva situación, buscó la cocina. Los instrumentos y objetos que veía eran nuevos para él, pero los usó con decisión, sin dudas ni titubeos, como si los conociera de mucho tiempo atrás. Las enseñanzas que había recibido durante su sueño —ahora ya conocía el significado de la palabra hipnopedia— le habían resultado sumamente valiosas para obtener aquella soltura en todos sus movimientos.

Comió unos manjares como nunca había probado en su vida, los cuales le parecieron deliciosos. Repuso sus fuerzas y luego se dispuso a regresar.

Sabía cómo manejar la esclusa. Cruzó la compuerta interna y luego la cerró utilizando el mando conveniente. En seguida, de un modo automático, la luz se apagó y el agua irrumpió en la esclusa.

Cuando el líquido le llegó al cuello, contuvo la respiración. A los pocos segundos —ya sabía que un segundo era un espacio de tiempo algo mayor que un latido de su corazón —, vio un tenue resplandor verdoso.

Ascendió a la superficie y nadó hacia los acantilados. Estaba amaneciendo cuando salió a la orilla.

Recogió sus armas. Le parecieron pobres, burdas, mal construidas. De pronto, se extrañó de que el ser desconocido que moraba dentro de la nave no le hubiese hablado de armas mejores que las suyas... porque era obvio que quienes habían construido aparatos tan perfeccionados tenían que haber fabricado a la fuerza armas capaces de devastar una tribu entera en un abrir y cerrar de

ojos.

Lo sabría dentro de una semana, se contestó. Agarró la lanza se terció el arco y la aljaba a la espalda y alegre, satisfecho y vivaz, emprendió el camino de regresaba la tribu.

Llegó a media tarde, a las cuatro y media, calculó por la posición del sol. Ahora ya sabía qué eran horas y día y las medidas de tiempo, ¡Sabía tantas cosas!

Descansó un poco y comió unas tiras de carne curada. Habló parcamente con sus padres, como tenía por costumbre; no era muy comunicativo en lo referente a sus ausencias y, por otra parte, ellos también se habían habituado a su relativo silencio. Apenas terminó, cuando ya el sol rodaba velozmente hacía su ocaso, se encaminó hacia el extremo oriental de la cañada. Quería comunicarle a Einea su sensacional descubrimiento. Ella, a su vez, también tenía muchas cosas que decirle.

Einea no estaba en su cueva.

CAPÍTULO VII

Adlant se quedó desconcertado unos momentos. De pronto, oyó a sus espaldas la risa sarcástica de To-kitha.

—¿Buscas a la extranjera? —preguntó la muchacha.

Adlant se volvió despacio hacia ella.

—Einea no es ninguna extranjera —contestó, mirándola con fijeza.

—Mi padre dice que sí, Adlant.

—Einea nació aquí, lo mismo que tú y que yo. ¿Por qué te empeñas en considerarla como extranjera?

—Por la misma razón que te considero a ti como el mejor cazador de la tribu. Son dos hechos que no necesitan demostración, Adlant.

—Está bien. A mí me parece que, extranjera o no, es algo que no importa demasiado. ¿Dónde está Einea? ¿La has visto tú?

To-kitha dejó escapar una risita venenosa.

—Algunas doncellas se sienten impacientes, a veces, y huyen al bosque con sus enamorados, antes de efectuar la proclamación de su matrimonio. Tal vez Einea haya hecho lo mismo.

Adlant dejó escapar un rugido de rabia. Saltando hacia la muchacha, la aferró por el brazo con fuerza.

—¡Miserable! —la apostrofó con violencia —, ¿Crees que Einea es una mujer sin moral... sólo por el hecho de que prefiera vivir sola?

—¡Suéltame! —chilló To-kitha —. ¡Me estás haciendo daño! ¡Suéltame o gritaré y vendrán mi padre y sus amigos a castigar tu osadía!

Adlant la empujó a un lado. To-kitha trastabilló y cayó sentada al suelo.

—El veneno de una serpiente es vino recién elaborado comparado con la baba que brota de tus labios. Eres bella — dijo, enfurecido —, pero odiosa y mala. Ni siquiera el ser una salvaje te disculpa que poseas tales sentimientos.

To-kitha se quedó asombrada. Ya eran dos veces las que Adlant pronunciaba la misma palabra: Salvaje. ¿Qué nuevo insulto era aquél?

Se puso en pie, despidiendo relumbres de ira por los ojos.

—Me has llamado salvaje —dijo—. ¿Qué es eso? preguntó, dominada por la curiosidad antes que por la ira.

Adlant se quedó parado. Salvaje. Una palabra que nadie había pronunciado allí antes que él. Si todos eran salvajes y nadie sabía qué era civilización, resultaba igualmente lógico que no supieran que eran, precisamente, unos salvajes. El tigre era un tigre, pero no lo sabía; así les había ocurrido a ellos hasta entonces. Sólo, después de su primera sesión de hipnopedia, había aprendido Adlant la diferencia entre civilizado y salvaje.

El era ya un hombre civilizado, a pesar de que vestía con pieles y usaba armas propias de la Edad en que vivían... la Edad de Piedra, cuando todavía no se habían descubierto los metales.

—No tiene importancia —dijo, confundido—. Olvídalo.

To-kitha le dirigió una mirada singular. El aspecto de Adlant era muy distinto, pese a que seguía siendo el mismo. Su rostro no había cambiado, pero se adivinaba en él una rara expresión, una luz interna que, sin modificar sus rasgos faciales, le confería una apariencia de ser superior, de hambre grandemente poderoso... y no sólo por el vigor de sus músculos o la habilidad en el uso de las armas.

To-kitha sintió miedo, un miedo supersticioso, que dominó su espíritu, al comprender que ahora era infinitamente menos que Adlant, que ni su misma belleza en la cual habla confiado hasta entonces, pese a todo, serviría para conquistar al hombre que tenía frente a sí. Pero el mismo miedo aumentó el odio que ya sentía hacia él. Adlant era demasiado grande para la tribu; tenía que ser destruido.

De repente, sin pronunciar una sola palabra, giró sobre sus talones y echó a correr, desapareciendo a lo largo de la cañada en pocos segundos.

Tras él sonó la voz de Einea.

—¿Adlant?

El muchacho no se volvió. Imaginóse fácilmente que Einea había debido llegar poco antes y, escondida tras unas peñas cercanas, había escuchado al menos parte del áspero diálogo sostenido entre ambos.

—Vine a buscarte y no te encontré —manifestó Adlant—. Entonces apareció To-kitha y...

—Lo sé. Te estaba espiando. Te vi llegar, pero cuando me iba a acercar a ti, apareció To-kitha. Preferí esperar.

—Entonces, lo has oído todo —afirmó él.

—Sí.

—Es una mujer peligrosa. Será preciso que nos andemos con mucho cuidado; tú sobre todo, Einea.

—Estaré vigilando sin descanso — Einea se puso delante de él —. ¿Qué has estado haciendo?

Adlant sonrió.

—El monstruo me tragó. Estuve dentro de su panza.

Adlant se sorprendió porque Einea no se sorprendía. Una vaga sonrisa flotó en los labios de la muchacha.

—Lo conseguiste al fin—dijo Einea.

—Sí. Y he aprendido muchas cosas. No es un animal... es una nave que puede volar a las estrellas. —Los ojos de Adlant se elevaron hacia el cielo, todavía azul —. Einea, un día tú y yo volaremos en la nave, muy altos, muy lejos de aquí.

Y ella contestó:

—Sí, Adlant.

Hubo una larga pausa de silencio.

—Tengo que volver dentro de siete días. El ser que habita dentro de la nave me enseñó muchas cosas —dijo Adlant—. Pero también dijo que aún tenía que aprender más. ¿Querrás venir conmigo?

—Iré, Adlant —prometió Einea.

—Tengo que hacerte muchas preguntas, Einea —declaró el muchacho —. Tú ya sabías que no era un monstruo, sino un aparato salido de las manos de unos seres infinitamente superiores a nosotros. Quién te lo dijo? ¿Por qué no fuiste tú allí antes que yo?

De nuevo volvió a sonreír Einea de aquella forma tan enigmática que agradaba y exasperaba a Adlant al mismo tiempo.

—¿Y quién te ha dicho que yo no haya estado dentro de la nave?

Para Adlant, aquellas palabras representaron un impacto superior al que hubiese causado en su pecho un mazazo. Miró a la muchacha con los ojos abiertos de par en par.

—Y has oído la voz misteriosa que habla, sobre todo, cuando brilla la luz amarilla.

—Sí.

—Y sabes muchas cosas... quizá más que yo.

—Sí.

—Quizá todo lo que hay que saber.

—Digamos casi todo, más bien.

—Pero podías haber volado a las estrellas... si sabes todo cuanto hay que saber —bueno, casi todo —, no tenías por qué vivir como una salvaje en medio de un pueblo de salvajes — alegó Adlant.

—Quizá es que no ha llegado aún el momento de hacer volar a la nave —contestó Einea.

Adlant creyó entender.

—¿Necesitabas un ayudante?

—Sí. Una persona sola no puede manejar la nave. Se necesitan dos, cuando menos.

—Y fui yo el elegido. ¿Por qué?

—Demostraste, más que valor, una inteligencia superior a todos los demás miembros de la tribu. Por ejemplo, y esto es lo más importante, ibas muchas veces al lago, que no es un lago, sino un mar.

—Quebrantando una prohibición.

—Que tú estimabas absurda y basada en una superstición en la que no creías.

—La nave mató a centenares de personas al descender.

—Fue un accidente. Su piloto... no lo hizo adrede. Venía solo y por eso falló. Lo interesante es —insistió Einea —, que tú no creías en la leyenda del «Espíritu-De-Fuego», o, por lo menos, eras lo bastante fuerte para vencer el miedo que te inspiraba el que hasta hace poco creías que era un monstruo durmiente. Por eso te estudié durante años, hasta llegar a la conclusión de que eras el único capaz de recibir los secretos que la nave guarda en su interior. Y usar de ellos de manera beneficiosa.

—Y a ti, ¿quién te lo transmitió? ¿Tu madre?

—Sí. Y a ella su madre y a su madre, su madre...

—Pero no comprendo. ¿Por qué alguna de ellas, conociendo los secretos de la nave, no huyeron a las estrellas?

—No. Tenía que ser la que encontrase al hombre adecuado... a un hombre que sirviese para algo más que para darles una hija. Sus esposos fueron buenos, pero no habían demostrado suficiente inteligencia, primero, para descubrir el misterio, y segundo, para soportar el choque mental y psíquico que supone para un hombre de la Edad de Piedra verse transportado de repente a miles de años en el futuro... sin moverse de su época. — Einea le señaló el arco y las flechas—. En el sitio de donde proviene esa nave hay armas devastadoras, capaces de destruir un sol y todos sus planetas. Ya no se utiliza el arco y las flechas, salvo como medio de diversión y por un número reducido de personas. Pero tú, por iniciativa propia, empleando la inteligencia, has sido el primer hombre que construyó un arco y flechas. ¿Comprendes el paso tan importante que acabas de dar?

Adlant movió la cabeza afirmativamente. Comprendía también a las predecesoras que supieron sacrificarse y transmitir una tradición oral, sin traicionar el más fabuloso secreto que jamás se había conocido en la tribu.

—¿Quién es el que está dentro de la nave? ¿Por qué no se dejó ver y sólo me hablaba? —preguntó él.

—No es un ser vivo, sirio una máquina.

Adlant conocía ya el significado de la palabra máquina. Miró a Einea con aire estupefacto.

—¿Es posible que una máquina haya sido capaz de enseñarme tantas cosas?

—Sí —respondió Einea—. Los constructores de la máquina previeron todas las dificultades posibles, incluso la de la total desaparición de sus tripulantes y el posterior hallazgo de un ser con inteligencia. Era necesario que la nave, aunque transcurriesen mil años, fuese recobrada y con ella, el resultado de sus exploraciones por el espacio. Así construyeron la máquina hipnopédica, un prodigio de la electrónica, con capacidad suficiente para enseñar todo al ignorante y para responder, previo el análisis correspondiente, a cualquier pregunta, por intrincada, absurda o extraña que pudiera ser. De este modo, podía llegar un hombre como tú y recibir la instrucción adecuada —e impartírsela, en caso necesario—, a otro compañero, no importa el sexo, para, en su día, regresar al planeta de donde partió la nave hace centenares de años.

—¿Qué planeta es ése? ¿Cómo se llama? —preguntó Adlant, terriblemente agitado por lo que estaba oyendo.

—Tierra es su nombre —contestó Einea.

CAPÍTULO VIII

Adlant recibió su segunda lección de hipnopedia.

Cuando terminó, su ciencia habíase aumentado de modo considerable. Pese a todo, se daba cuenta con facilidad de que todavía le quedaban por aprender muchas cosas, que necesitaría varias sesiones más, antes de alcanzar un nivel mínimo comparable al de Einea.

Transcurrió otra semana y volvió de nuevo a la nave. Hizo dos viajes más, el último en compañía de la propia Einea.

Al finalizar la sesión, emprendieron el camino de regreso.

Durante varias horas, caminaron charlando de temas diversos. Adlant se hallaba asombrado de ver que conocía el nombre de cada planta, de cada animal, de cada insecto, de cada piedra... Sabía ya cuáles eran las estrellas, sus nombres, sus principales cualidades, las distancias que les separaban del planeta... Su caudal de conocimientos alcanzaban ahora unas dimensiones realmente extraordinarias.

Sin embargo, presentía que todavía le faltaban algunas cosas de carácter realmente importante por conocer. Una de ellas, la que más

había motivado su curiosidad, era la referente al planeta Tierra.

La máquina se había negado siempre a contestar a sus preguntas sobre el particular: ¿Cómo era? ¿Dónde estaba? ¿Quiénes y cómo eran y cómo vivían sus habitantes?

La única explicación que le había dado la máquina era que todavía no había alcanzado el nivel suficiente de educación para comprender la respuesta que, indudablemente, habría de recibir un día. Adlant había preguntado cómo lo sabía y la máquina habíale explicado que también ella le formulaba preguntas durante su sueño hipnopédico, a fin de conocer el estado de sus conocimientos.

—Tal vez, al final de la próxima sesión, lo conozcas — había finalizado la máquina.

Y Einea, siguiendo esas instrucciones, se había negado a contestar igualmente.

A mitad de camino, hicieron un alto para descansar y reponer sus fuerzas. Comieron a la sombra de unos árboles, junto a un arroyo de aguas murmurantes, sin saber que, a pocos pasos de distancia, unos ojos astutos y rastreros contemplaban sus menores movimientos y captaban todas las palabras que se cruzaban entre ellos.

Pero Fazor no podía entender nada de lo que decían Adlant y Einea, porque, de común acuerdo y cuando estaban solos, usaban el lenguaje que les había enseñado la máquina, mucho más fluido y más rico en verbos, inflexiones, sustantivos y calificativos. Fazor estaba asombrado por dicha razón, pero al mismo tiempo, sentía cierto miedo porque se daba cuenta de que no sólo ellos, sino también él, se hallaban en zona prohibida.

Esperó a que la pareja se hubiese marchado. Entonces, sigilosamente, como una fiera del bosque en pos de una presa, caminó tras ellos a buena distancia. Quizá hubiese podido matarles, atacándoles de súbito; dos rápidos y certeros golpes de hacha habrían acabado con la pareja de modo fulminante, sin dar tiempo a la temible reacción de Adlant.

La ambición de Fazor salvó tal vez a Adlant y Einea. Fazor codiciaba a To-kitha por un doble motivo: su hermosura y el ser hija del jefe de la tribu. El esposo de To-kitha tendría grandes posibilidades de alcanzar un día la presidencia del Consejo de Ancianos, con Sos pingües beneficios que se derivaban del cargo...

entre ellos, el no menor, precisamente, era el de poder tener más de una esposa. La mujer de Tok-kitha no se lo había consentido... pero si un día alcanzaba la jefatura no toleraría a To-kitha que se comportase como su madre. Le demostraría que él era todo un hombre... aunque, por el momento, era mejor ser rastrero y adulador y ganarse su confianza, diciéndole lo que había descubierto. Tal vez, o casi seguramente, cuando la gente de la tribu se enterase de que Adlant y Einea habían quebrantado la Ley establecida, para impedir que despertase el «Espíritu-de-Fuego», los condenasen a muerte. La lapidación de la pareja por todos los tribeños sería un espectáculo emocionante y, sobre todo, sin riesgos.

Esperó al día siguiente; cuando llegó a la cañada, era ya casi de noche. Apenas vio salir a To-kitha de su cueva, se encaminó hacia ella.

Le espetó la noticia sin más preámbulos.

—Adlant y Einea han violado la Ley.

To-kitha le miró extrañada. En aquellos momentos, ignoraba qué significado tenían las palabras de Fazor.

—¿Qué Ley? —quiso saber.

—La que prohíbe acercarse al lago, para no despertar al monstruo que duerme bajo las aguas.

—¿Cómo lo sabes?

—Los vi yo mismo —declaró Fazor con justificado orgullo.

Los ojos de la muchacha se empequeñecieron.

—De modo que esa pareja ha estado en las tierras prohibidas.

—Así es, To-kitha. Supongo —añadió Fazor—, que se lo dirás a tu padre.

—¿Para qué?

—Bueno, me imagino que debe reunir al Consejo de Anciano y estudiar el castigo que corresponde a esos dos violadores de la Ley. ¿No te gustaría que muriesen? Tienes una cuenta que saldar con ellos, ¿no es verdad?

To-kitha se portó de una manera sorprendente.

—No estoy segura de que hayan ido a las tierras prohibidas —dijo.

—Acúsalos en público. Verás cómo no se atreven a negarlo. Yo sostendré tu acusación.

—La palabra de uno solo no vale, Fazor —arguyó To-kitha —.

Lanzaremos la acusación cuando yo haya visto que entran en las tierras prohibidas.

—Soy un valiente cazador —Fazor se golpeó el pecho—. Mi palabra vale ante el Consejo de la tribu. ¿Es que tú no me crees?

To-kitha sonrió con burla.

—Prefiero verlo por mí misma —dijo — . Cuando esos dos van a las tierras prohibidas, es que preparan algo, nada bueno, por supuesto. Entonces será el momento de acusarles... y tú callarás mientras tanto —le apuntó con el dedo índice.

—¿Callar? Cuanto más tiempo dejes pasar...

—Eres idiota, Fazor —le apostrofó ella—. ¿No te das cuenta de que tú también has quebrantado la Ley? Les estás acusando de haber cometido tu mismo delito.

—Puedo decir que los vi marchar en aquella dirección...

—Callarás mientras yo no te ordene lo contrario —dijo To-kitha en tono que no admitía replica —. Y a partir de este momento, tendrás los ojos bien abiertos. Quiero que los vigiles continuamente, día y noche, si es preciso, y cuando veas que marchan en dirección a las tierras prohibidas, avísame en el acto. ¿Has entendido?

Fazor miró a la muchacha. «Eres igual de déspota que tu madre. Pero cuando seas mi esposa, cambiarás de carácter o te quedarás sin costillas», pensó.

—Bien —accedió al fin, simulando humildad —. Ya sabes que yo sólo quiero lo que tú quieres.

—Me gusta oírte hablar así, Fazor —sonrió ella.

La vigilancia de Fazor surtió sus efectos una semana después.

Adlant y Einea partieron un día muy de mañana, cuando todavía no se habían disipado las sombras de la noche. Fazor vio a Adlant ir en busca de Einea y luego se dio cuenta de que marchaban nuevamente a territorio prohibido.

Corrió en busca de To-kitha. To-kitha había salido a pasear al arroyo y la madre de ella estaba recogiendo leña para el fuego. To-kitha estaba aún durmiendo, envuelta en un montón de suaves pero apestosas pieles de oso de las cavernas.

—¡To-kitha! —gritó Fazor—. ¡Levántate, pronto! ¡Adlant y Einea acaban de marcharse!

To-kitha se levantó de un salto, apartando a un lado las pieles con que se cubría. Sus ojos ardían.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Por completo, To-kitha. Adlant se levantó primero y fue a la salida del barranco. Entró en la cueva de Einea y a los pocos momentos salieron los dos juntos. Inmediatamente tomaron la dirección de las tierras prohibidas.

To-kitha se mordió los labios en gesto pensativo durante algunos segundos.

—Muy bien —dijo al cabo—. Si van al lago, les costará casi un día, lo cual significa que hasta mañana por la noche no estarán de vuelta. Ni nosotros tampoco, Fazor, así que prepara algo de comida y una lanza para mí, además de la tuya. Nunca se sabe lo que puede ocurrir, ¿comprendes?

—De acuerdo. Pero debemos darnos prisa —contestó Fazor.

To-kitha sonrió con expresión de suficiencia.

—Si van al lago, sólo pueden seguir un camino, ¿no es cierto?

—Claro —dijo—. Espérame, volveré en seguida.

Mientras regresaba Fazor, To-kitha mordisqueó unas tiras

de carne que habían sobrado de la cena anterior. A pesar suyo, y con no poca melancolía, hubo de pensar que si aquella cueva hubiera sido de Adlant habría estado mucho mejor provista de víveres de lo que estaba. En tiempos, su padre había sido un buen cazador, pero ahora con el paso de los años, pero más por la gandulería que poco a poco se iba apoderando de él, el suministro de provisiones para la familia dejaba bastante que desear.

Fazor volvió poco después, con dos lanzas, una de las cuales entregó a la muchacha. El llevaba pendiente del hombro un saco con algo de comida y, además, también el cuchillo y el hacha de piedra. En seguida, emprendieron la marcha en pos de la pareja.

Caminaron durante todo el día, sin detenerse apenas. Cerca de la media tarde, divisaron los primeros rastros de Adlant y de Einea, las cáscaras de unas nueces que habían consumido en su comida.

Dos horas más tarde, les dieron alcance, aunque no se dejaron ver de ellos. El odio, la cólera y la frustración eran sentimientos predominantes en To-kitha y Fazor, que sobresalían por encima del temor que les inspiraba el saber que se hallaban en los terrenos prohibidos, allá donde el «Espíritu- De-Fuego» podría despertar en cualquier momento y arrasar la tierra con su aliento enllamarado.

Agazapados tras unos arbustos, vieron que pareja llegaban al

borde de los cantiles y que, sin entretenerse en absoluto, emprendía el descenso hacia el lago, desapareciendo de su vista en contados segundos.

—¿A dónde irán? —susurró Fazor.

—Vamos a verlo —exclamó To-kitha resueltamente.

—El monstruo... —insinuó Fazor con acento temeroso.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—¿Tú eres el hombre que aspira a llenar de pieles una cueva para mí? —preguntó en tono ligeramente despectivo.

Fazor hinchó el pecho.

—De acuerdo. Vamos —dijo, rompiendo la marcha sin pérdida de tiempo.

Alcanzaron el borde de los farallones y miraron hacia abajo, quedándose perplejos. — ¡No están! —dijo To-kitha.

En todo cuanto alcanzaba su vista, y no había lugar donde esconderse, al menos con facilidad y en aquellos parajes, no se divisaba el menor rastro de Adlant ni de Einea.

CAPÍTULO IX

La sesión de enseñanza hipnopédica estaba a punto de terminar. Ciertamente, no era un sueño total, sino que Adlant conservaba un resto de consciencia, aunque aplicada únicamente a lo que se refería a su aprendizaje de cosas que no sabía, ya que no percibía en absoluto nada de cuanto le rodeaba. Ese resto de consciencia le permitía formular preguntas y pedir aclaraciones de cosas que no entendía bien o que estimaba necesarias para aumentar el conjunto de sus conocimientos.

Por dicha razón, dándose cuenta de que la sesión; después de las doce horas habituales, estaba a punto de terminar, preguntó:

—Observo que no me has hablado de armas... no me refiero a armas absolutas, capaces de destruir ellas solas un sistema planetario entero. Pero nosotros vivimos en un ambiente hostil, donde la lucha por la existencia es lo primero de todo. ¿Por qué no me has enseñado a construir otras armas, más pequeñas, pero también más potentes y eficaces que mi lanza y mis flechas?

—No es conveniente que las uses en tu medio —respondió la

máquina — . Podrías causar graves trastornos que serían origen más adelante de terribles perturbaciones en la historia de tu pueblo. Debes utilizar solamente las que construiste con tus manos y la ayuda de tu inteligencia, hasta el momento en que llegaste a la nave. Más adelante, cuando hayas salido de tu mundo, conocerás otra clase de armas y su empleo, aunque en el sitio al que irás no tendrás precisión de usarlas.

—Iré a la Tierra, ¿no es así?

—Sí.

—¿Está muy lejos? ¿Cuánto tiempo tardaremos en alcanzarla?

La máquina hizo una pausa. Sus delicados circuitos analizaban la respuesta que debía darle.

—He estado estudiando tu capacidad —contestó al cabo—. La contestación llegará en la próxima y última sesión.

—¿Por qué no, ahora? —preguntó Adlant, impaciente.

La máquina respondió:

—Te falta conocer aún unos datos científicos, que son necesarios para que entiendas por completo el sentido de la respuesta. El tiempo de enseñanza se ha acabado ya y es conveniente que descanses otros siete días hasta la próxima sesión. ¡Despierta!

Adlant abrió los ojos. La estancia se hallaba sumida en una suave penumbra, a fin de evitar daño a sus pupilas.

Permaneció unos momentos inmóvil, quieto en el sillón. Sentíase decepcionado en parte, pero, por otro lado, la satisfacción invadía su ánimo. Siete días más tarde, podrían despegar, volar hacia las estrellas... y conocer, al fin, aquel maravilloso planeta del que había salido la nave. ¡Cómo ansiaba conocer todas las maravillas que la máquina le había enseñado, no sólo moralmente, sino por las proyección de imágenes visuales de gran riqueza de formas y colorido! ¡Debía ser, sin duda, un planeta fabuloso, en el que las gentes vivían continuamente en un estado de dicha indescriptible!

Y él, junto a Einea, disfrutaría para siempre de las ventajas de una civilización adelantadísima, lejos para siempre de aquel pueblo miserable y salvaje, que tardaría aún veinte mil años en alcanzar un grado mínimo de conocimientos, que no podrían compararse siquiera con los que él y Einea ya poseían.

Se puso en pie y caminó en busca de la joven, Einea estaba en el comedor, preparando la mesa.

La muchacha sonrió al verle.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien. Hambriento—sonrió Adlant.

—Siéntate. En seguida te prepararé la comida.

Poco después, Adlant devoraba los manjares que ella le había preparado. Einea se excusó de comer, diciendo que lo había hecho hacía poco, limitándose a tomar un par de tazas de café.

—¿Has aprendido mucho hoy? —quiso saber la muchacha.

—Lo suficiente para saber que la próxima será la última sesión.

—Eso creo yo. Pero habremos de esperar la decisión de la máquina.

Adlant frunció el ceño. Allí había algo que no le gustaba.

—No sé por qué no podemos decidirlo nosotros mismos — rezongó.

—Por supuesto que sí tenemos esa facultad —manifestó la muchacha —. Incluso ahora mismo podríamos sentarnos ante los mandos y hacer despegar la nave. Pero si te has dado cuenta de! funcionamiento de la máquina, habrás podido observar que ella analiza críticamente el estado de tus conocimientos, lo cual le permite juzgar acerca de la conveniencia de acortar o alargar el número de sesiones de enseñanza

—Einea sonrió —. Puede que te parezca extraño, pero aun yo misma, a pesar de que ya conocía, por mi madre, parte de los secretos de la nave, tardé casi el doble de sesiones que tú en conocer todo lo que ignoraba.

—Pudiste haberte marchado al concluir tu educación —observó Adlant.

—No, porque la nave necesita de dos personas, como mínimo, para su gobierno, cuando menos en las etapas críticas del viaje y, sobre todo, en los despegues y aterrizajes. ¿Por qué te crees que está en el fondo del lago, en lugar de hallarse en tierra firme?

Adlant se puso a rumiar sobre la respuesta que acababa de recibir de la muchacha. Había habido un aterrizaje en malas condiciones... debido, al parecer, a que la nave había sido manejada por un solo hombre. Pero Einea había sabido desde siempre que no era tal monstruo maligno el que moraba en el fondo del lago, sino una astronave. Y lo había sabido por su madre, y ésta por su madre y así... hasta llegar a una mujer, que había conocido la verdad antes

que ninguna de sus descendientes.

La esposa del astronauta.

Cerró los ojos un momento, mareado por el descubrimiento. Así pues, To-kitha había tenido razón al considerar a Einea como una extranjera. Y el pelo rubio y los ojos azules de la muchacha, heredados, sin duda, de su antepasado, corroboraban el descubrimiento que acababa de hacer. Pero To-kitha no podía saber nada; sus manifestaciones habían sido más bien intuidas, producto de una imaginación exaltada por el odio y los celos. No obstante, hasta cierto punto, To-kitha había tenido razón.

Einea no era una tribeña pura. Había en sus venas sangre de los humanos que habían construido la nave. Claro que, al cabo de doscientos años, ese porcentaje habría disminuido hasta desaparecer casi por completo, pero el pelo y los ojos demostraban de sobra sus hipótesis.

Miró a la muchacha. Einea movió despacio la cabeza de arriba abajo.

—Sí —dijo—. El astronauta salió de la nave y se quedó a vivir con nosotros. Una mujer de la tribu fue su esposa y ella nos transmitió, sucesivamente, a todas las mujeres descendientes suyas, el conocimiento de la verdad. Sus compañeros habían muerto en el viaje y él quedó solo.

—Pero —objetó Adlant—, al descender la nave, abrasó con las llamas de los chorros a centenares de tribeños. ¿No le mataron a él luego, considerándole culpable de la catástrofe?

Einea sacudió la cabeza.

—No. El astronauta sabía que ya no podría regresar a su mundo y se resignó a vivir en éste. Salió de la nave y permaneció largo tiempo escondido en la selva, observando nuestras reacciones hasta que, al fin, creyó conveniente darse a ver. Claro que, hombre astuto —sonrió Einea — supo hacerlo bien y consiguió ganarse primero la amistad de su esposa. Ella fue la que le introdujo en la tribu y la que resultó primera depositaría de su secreto. Ciertamente —añadió la muchacha — , no creyó mucho en lo que le decía su esposo, pero supo, al menos, hacer dos cosas: guardar el secreto, después de haber aprendido de memoria los detalles más interesantes y transmitirlo a la primera hija que tuvo. Sólo una mujer debía saberlo, y ésta, a su vez, lo transmitió a su hija, y así, hasta que

llegó a mí.

—Encuentro un poco raro que ninguna de sus antepasadas entrase en la nave, Einea —observó él.

—No. Ninguna se atrevió a hacerlo. Compréndelo; era una carga de muchos años, siglos, de ignorancia. Incluso a mí me costó bastante decidirme, créeme.

Adlant suspiró, a la vez que asentía con la cabeza.

—De acuerdo — dijo —. Lo que no me explico es cómo el astronauta no elevó el grado de civilización de nuestro pueblo.

—No podía arrancar a cientos de personas de un estado de salvajismo total, sin provocar una gran catástrofe en la historia — respondió Einea —. Otro, tal vez lo hubiera hecho, pero él supo ser prudente. Sin embargo, les enseñó algo que, contemplado desde donde estamos, parece no tener importancia y, sin embargo, la tiene y de un modo especial.

—¿Qué fue? —quiso saber Adlant, lleno de curiosidad.

—El fuego —respondió la muchacha —. Les enseñó a hacer fuego, por frotación, claro, no con una caja de fósforos, en lugar de tener que depender continuamente de la conservación de una hoguera, originada en el incendio causado por un rayo en el bosque.

—¿Y la rueda? Es otro invento capital. ¿Por qué no se lo enseñó?

—Porque todavía no hay animales domésticos... al menos, en esta región donde vive la tribu. El uro y el bisonte son los antecesores del toro y, a su vez, del buey, pero la historia no dice que se haya domesticado a un uro o a un bisonte. Y los caballos no existen, al menos en esta región. Sin un animal de un tiro, ¿de qué sirve la rueda? Un día vendrá un período de glaciares y la tribu emigrará hacia el Sur. Entonces encontrarán caballos, Los domarán y montarán primero... y luego sentirán deseos de que tiren de sus cargas. La rueda llegará por sí sola... pero nosotros ya no lo veremos. Ni siquiera aunque nos quedásemos aquí a vivir el resto de nuestros días.

—Cosa que no haríamos, por supuesto — contestó Adlant, acariciándose la mandíbula, con gesto reflexivo, porque las palabras de la muchacha le estaban haciendo pensar mucho... le hacían pensar en que Einea conocía el futuro de la tribu. ¿Por qué sabía tanto acerca de lo que iba a pasar en el transcurso de los tiempos? ¿Tenía virtudes proféticas... o se lo había dicho alguien?

Prefirió callar por el momento. Su educación terminaría en la próxima sesión de hipnopedia. Entonces formularia las preguntas que ahora se agolpaban en su mente.

Einea se puso en pie.

—Voy a recoger todo —dijo—. Es hora de volver.

—De acuerdo.

Salieron a través de la esclusa. Nadaron hacia arriba y unos segundos más tarde, emergían a la superficie.

Llegaron a la orilla y dejaron pasar unos minutos, mientras el sol secaba sus cuerpos. Luego, Adlant recogió sus armas y juntos, emprendieron el camino de regreso hacia la cañada.

Cuando llegaron al poblado, recibieron un mala noticia, transmitida por los padres del muchacho.

— El Consejo de Ancianos se reunirá mañana —dijo Kailant, «El-Que-Mata-A-Los-Osos», padre de Adlant.

Piensa acusarte de haber quebrantado la Ley que prohíbe cruzar los terrenos prohibidos.

CAPÍTULO X

A la salida del sol, la tribu entera estaba reunida, los hombres a un lado y las mujeres a otro. En el centro, los nueve hombres que componían el Consejo, presididos por To-kith, y, frente a ellos, Adlant.

Adlant se estremecía de cólera. Pensar que estaba muy por encima de aquellos salvajes en cuanto a conocimientos y que tenía que ser juzgado por ellos, le ponía frenético de ira. Pero no le había quedado otro remedio.

Su padre le dio la noticia. La primera reacción del muchacho fue escapar en busca de Einea y perderse los dos en la selva, donde nadie les encontraría, aunque estuviesen buscándole años enteros.

Era una solución que no había podido poner en práctica. Su madre estaba delicada de salud y su padre no quería abandonarla. Kailant hubiera resistido perfectamente las incomodidades y penalidades de una fuga, pero Si-Stia, (Dulce-Mirada), carecía ya de fuerzas; un fuego interno devoraba sus pulmones y no duraría ya mucho tiempo. Kailant y Si-Stia se habían amado tiernamente y el

hombre no quería separarse de la mujer que había sido su compañera durante largos años.

Sus padres hubieran sufrido represalias de haber escapado él; tal era la Ley. Otra cosa hubiera sido que, de no ser descubierto, se hubiese marchado para siempre en la nave. Se hubiera dicho que habla caído en alguna ciénaga o que un oso de las cavernas o un tigre de dientes de sable había dado al fin cuenta de él, cosa que solía acontecer con cierta frecuencia y no hubiera extrañado a nadie.

Pero habiendo sido citado a juicio, tenía que afrontar las .consecuencias de su actuación. No obstante, confiaba en salir con bien de aquel contratiempo.

To-kith se puso en pie. Miró al muchacho con expresión maligna. Adlant era lo que él había sido, pero de mejor presencia física y, sobre todo, con una inteligencia muy superior a la suya; no en vano había sido el primero en construir un arco y unas flechas, cuyo uso se había popularizado, pero sin que nadie consiguiera aventajar al maestro.

—Se te acusa de haber cruzado los terrenos prohibidos —dijo simplemente—. ¿Qué tienes que contestar en tu defensa?

Adlant contempló los rostros hostiles que tenía frente a sí, y en especial, el del padre de To-kitha. To-kith le odiaba porque veía en él a un posible y prematuro sucesor... acaso si Adlant hubiera sido un intrigante aficionado a la política, hubiese tramado ya algún plan para desposeerle de su jefatura, cosa que al muchacho no se le habí! pasado siquiera por la mente. Pero To-kith veía en peligro su privilegiada posición y mucho antes de lo acostumbrado. Era preciso eliminar aquel riesgo.

—Estuve de caza y me extravié—contestó.

To-kitha sonrió burlonamente.

—¿Extraviarte tú, un cazador experimentado como pocos? ¿Piensas que somos tan crédulos como para admitir esa fábula, sin más? ¿A quién tratas de engañar, Adlant?

—Digo la verdad y no me importa que la creáis o no —respondió el muchacho con firmeza.

Aquellos sonidos guturales, aquellos gruñidos y resoplidos que componían el rudimentario lenguaje del hombre de las cavernas... ¡qué extraños se te antojaban, después de haber aprendido el

lenguaje de los hombres civilizados!

Casualmente, sus ojos tropezaron con el rostro de To-kitha. Una delgada sonrisa de satisfacción brillaba en los labios de la muchacha. Los ojos de To-kitha se desviaron un momento, para encontrarse con los de Fazor. Entonces, Adlant supo de dónde procedía la acusación.

Fazor no había podido digerir la derrota. To-kitha estaba devorada por los celos. El resultado lo estaba viendo y palpando. No podían perdonarle y harían todo lo posible para consumar su ruina y la de Einea.

Por cierto, ¿dónde estaba Einea? ¿Cómo no había sido ella asimismo objeto de una acusación? La muchacha no se hallaba en las filas de las mujeres espectadoras del juicio. ¿Acaso pensaban perdonarla? No parecía probable, vista la actuación de la ruin pareja... Sí, ahora lo sabía. Primero tenían que destruirle a él, porque, de lo contrario, jamás podrían atacar a Einea. Destruido Adlant, Einea quedaría sin protección y acabar con ella sería ya una tarea fácil.

La mano de To-kith tendiéndose de pronto hacia él, cortó en seco sus reflexiones.

—¡Estás mintiendo, Adlant! —tronó—. No es concebible que hayas podido extraviarte, porque cuando saliste hace tres días del barranco, tomaste directamente el camino del territorio prohibido. Te vieron, tengo testigos de ello. ¿Quieres que los llame a que sean oídos por toda la asamblea?

Adlant apretó los labios. Cualquier cosa que alegase, sería deshecha en el acto por To-kith, el cual, azuzado por su hija, y también por el temor a verse suplantado algún día, deseaba su perdición a toda costa.

Fazor se puso en pie de repente.

—¡Pido permiso para hablar! —clamó a voz en cuello.

To-kith- se volvió hacia el individuo.

—Concedido —admitió, sin más.

—Adlant quiere la perdición de nuestro pueblo —vociferó

Fazor—. Busca despertar al «Espíritu-De-Fuego» y que éste nos queme con el aliento de su garganta llameante. Su odio hacia nosotros llega a tales extremos, que no le importaría morir él, con tal de destruir a la tribu entera. Yo lo afirmo y nadie me hará

cambiar de opinión.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Adlant, más por curiosidad que por otra cosa.

—Porque te vi en los acantilados, clamando al monstruo durmiente para que despertase. Sí, no me importa confesar que yo también violé la Ley, pero el gran To-kith nuestro jefe, me ha perdonado, porque gracias a mi delito, he evitado un terrible mal... el mismo que quería originar este malvado. Despertar al monstruo exige largos esfuerzos por días y días continuos de llamadas y clamores, y ahora que Adlant ha sido descubierto, no podrá continuar adelante con su diabólica obra.

Adlant se pasó una mano por la cara. Allí estaba él, un hombre de civilización adelantadísima, siendo juzgado por los hombres del paleolítico, por los mismos que cazaban los uros y los bisontes para sobrevivir y pintaban las escenas de cacería en las paredes y los techos de sus cavernas. La máquina le había enseñado imágenes de aquellas pinturas, muy parecidas a las que él conocía personalmente... y los hombres que las pintaban eran los mismos que le estaban juzgando.

—¿Qué alegas en tu defensa? —preguntó To-kith —. Habla, antes de que se pronuncie la sentencia.

De repente, un hombre salió al centro de la asamblea. Era Kailant, padre de Adlant.

—Niego que mi hijo haya querido la destrucción de la tribu —exclamó en tono impetuoso—. ¿Querría también que muriesen sus padres? ¿En -qué cabeza cabe una idea tan estúpida... si no es en la de ese pobre desdichado de Fazor, a quien mi hijo venció y avergonzó con toda facilidad? El odio y no la verdad hablan y por la boca de un hombre que no mira de frente, y yo, Kailant, el hombre que mató más osos de cuantos estamos aquí, le desafío a que siga sosteniendo su acusación.

—Como sea, tu hijo ha violado la Ley —arguyó To-kith.

—Entonces, perdónale, como has perdonado a Fazor... cosa que has hecho, al parecer, sin el consentimiento de tus colegas de Consejo. Si Fazor hubiese obrado rectamente, habría venido a denunciar en seguida el delito de mi hijo. A su regreso, habría sido juzgado y entonces no hubiese podido yo oponerme a cualquier decisión que se adoptase para su castigo. Pero son dos los

violadores de la Ley, en todo caso. ¿Por qué castigar a uno y perdonar a otro? ¿Es que Fazor te es más simpático que mi hijo?

Los ojos de Fazor chispearon. To-kith se aturdió unos instantes.

Los argumentos de Kailant eran incontrovertibles. O había dos delincuentes o no había ninguno. Era fácil probar que Adlant había entrado en el territorio prohibido, pero no tanto el convencer al pueblo que el muchacho había querido despertar al monstruo durmiente. ¿Quién iba a creer que Adlant hubiese deseado también la muerte de sus padres?

Fazor se dio cuenta de que perdía terreno rápidamente. Era necesario una acción rápida, contundente, que volviese las cosas al punto en que se hallaban antes de la intervención de Kailant... mejor aún, que aterrorizase a los tímidos y diese ejemplo a los observadores estrictos de la Ley.

Alargó la mano derecha, sentado como estaba, y asió el mango de su lanza. De pronto, se puso en pie.

Adlant lanzó un agudo grito.

—¡Padre!

Era ya tarde. La pesada lanza, con punta de sílex, voló por los aires, enterrándose profundamente en el pecho del cazador de osos. Las manos de Kailant se agarraron crispadamente al palo durante unos momentos.

De pronto, cayó de costado y se quedó quieto. Al ver morir a su padre, Adlant lanzó un rugido de cólera y saltó hacia delante, a la vez que su mano buscaba el cuchillo de piedra.

Astutamente, To-kith metió el palo de otra lanza entre sus piernas. Adlant cayó de bruces. Su frente golpeó contra un pedrusco y perdió el conocimiento.

Sonó un gran clamor. Adlant ya no lo oyó.

Despertó horas más tarde, sintiendo un vivo dolor de cabeza, aturdido y mareado por el golpe recibido. Poco a poco, la memoria le volvió a la mente.

Entonces recordó el juicio y el vil asesinato de su padre. La sangre le hirvió en las venas y quiso ponerse en pie para vengar al crimen.

No pudo. Estaba atado de pies y manos.

Era fuerte, pero las ligaduras eran muchas y muy sólidas. Al cabo de unos momentos, se vio obligado a desistir.

Entonces, miró en torno suyo, descubriendo con no poco asombro que se hallaba en su propia cueva. ¿Dónde estaba su madre?

Tal vez, pensó, preparando todo para el funeral de su esposo. Pero Si-Stia se encontraba últimamente muy débil... quizá no tendría fuerzas para colocar un montículo de piedras encima del cuerpo de Kailant. Y de haber estado a su lado, ya le habría librado de sus ligaduras.

Los más negros presentimientos asaltaron el ánimo del muchacho. A la fuerza, hubo de permanecer tendido sobre el suelo de la cueva, dejando pasar el tiempo estoicamente, en silencio, sin una queja... pero siempre temiendo lo peor con respecto a su madre.

Antes de oscurecer, dos hombres penetraron en la cueva. Ran To-kith y Fazor.

—El Consejo te ha sentenciado a morir lapidado apenas salga el sol —declaró To-kith.

—¿El Consejo o tu hija? —preguntó Adlant, con desprecio en su voz.

To-kith acusó el golpe.

—Mi hija no ha tenido nada que ver en esta decisión —respondió de mal talante.

—Claro. Ni tu hija ni ese cobarde que se escuda a tus espaldas —replicó el muchacho-. ¿Lo han hecho nueve hombres por su libre decisión, bien madurada y tras largas horas de discusiones? ¿Es ésa la justicia que preconizas dispensar en los tribeños, To-kith? Tu mujer te domina como quiere, y en lo poco a que no alcanza ella, tu hija lo completa. Bien, que yo sepa, es la primera tribu gobernada por dos harpías. Claro que no será la última, pero a ti te cabrá el honor de haber mandado, nominalmente, sobre el primer pueblo que hace lo que le dictan dos mujeres.

To-kith enrojeció de ira.

—Quebrantaste la Ley.

—Y ese cerdo que tienes a tus espaldas, asesinó a mi padre, sin lucha, a traición, sin previo desafío. ¿Por qué quebrantas tú la Ley y le perdonas ese asesinato? ¿Sólo por el odio de To-kitha hacia mí? ¡Estúpidos ambos; dentro de unos años, To-kitha, el esposo de tu hija te echará a patadas de la cueva y del Consejo, si antes no te ha

apuñalado por la espalda!

—¡Basta! —chilló Fazor, ciego de cólera —. Estás rabioso porque sabes que vas a morir, pero tus palabras no te servirán de nada. Ni siquiera para proporcionarte una muerte rápida y sin dolor. No, morirás mañana, apedreado por cientos de personas, lenta y dolorosamente... como morirá también Einea, cuando la encontremos.

Los ojos del muchacho destellearon unos instantes. ¡Así, pues, Einea había desaparecido! La muchacha había demostrado ser más astuta que ellos, escondiéndose en algún lugar donde no podría ser encontrada con facilidad. Claro que Einea había poseído la ventaja de no tener que quedarse retenida por unos lazos familiares. El también habría hecho lo mismo, pero su sacrificio no le había servido de nada.

—Muy bien —dijo—. Os deseo suerte y que la encontréis pronto. Y ahora, ¿qué ha sido de mi madre?

To-kith desvió la vista a un lado.

—Salió de la cueva al recibir la noticia de la muerte de su esposo… y no sé más.

Adlant comprendió que To-kith se daba cuenta de que había ido más lejos de lo que pensaba. En modo alguno creyó las palabras del sujeto; a su madre le había ocurrido algo grave, pero se lo ocultaban. Bien, ya llegaría el momento de tomar venganza... dura y cumplida venganza.

—Eso es todo —dijo, apretando los labios—. Idos; al menos, dejadme solo en los últimos momentos de mi vida.

Los dos hombres se marcharon. A poco oscureció totalmente y un hombre armado ocupó la entrada de la cueva.

Para Adlant resultaba evidente que To-kith no quería correr riesgos. Ahora, más que desear su muerte, quería evitar la venganza del muchacho.

Adlant no se asustó demasiado, sin embargo. Sabía que las cosas habían llegado a un extremo que tenían que cumplirse por encima de todo. Einea no le dejaría solo.

Einea llegó para salvarle, bien pasada la media noche.

CAPÍTULO XI

Sonó un golpe seco, de escaso volumen. Adlant, que no se había dormido, vio que el centinela se ladeaba y quedaba inmóvil sobre el suelo del umbral de la cueva.

No hizo el menor ruido ni llamó a la muchacha. Simplemente, esperó.

Silenciosa como un felino, Einea entró en la cueva y se arrodilló a su lado. El cuchillo de obsidiana que traía en la mano segó rápidamente las ligaduras que sujetaban al prisionero.

La sangre empezó a volver a las extremidades. Adlant tuvo que dejar pasar unos minutos, antes de poder moverse con un mínimo de libertad.

—Sabía que vendrías —dijo, apenas cayeron las sogas por tierra.

—No podía dejar que esos salvajes te lapidasen —contestó

—Me lo imagino. ¿Dónde has estado escondida?

—En la cueva de Crom-Gnon, «El-Hombre-Que-Pinta-Bisontes».

—El mejor escondite —comentó. De pronto, recordó un detalle —. ¿Sabes algo de mi madre?

Einea bajó la cabeza.

—Tuvo un fallo cardíaco al conocer la noticia de la muerte de tu padre. Lo siento, Adlant. Sabes que estaba muy débil...

—Pero hubiese vivido aún más tiempo —murmuró él con rabia.

La sangre, al circular de nuevo por las extremidades, le proporcionaba un doloroso placer.

—Es cierto —convino la muchacha—. Sin embargo, no podemos hacer ya nada más. Tenemos que irnos, Adlant.

—No será sin antes haberme vengado de...

Einea le cogió por el brazo.

—Adlant, si quieres llevar a cabo tu venganza, no te lo impediré. La máquina, además de una enorme ciencia, te enseñó también moral; sabes que la venganza, si dulce en un principio, luego no sabe tan bien como parece y además, no repara el daño causado. Si hubiese justicia en la tribu, hoy, yo misma sería la primera en obligarte a pedir una reparación. Pero To-kith, su hija y Fazor buscan nuestra perdición por todos los medios; apenas nos viesen, azuzarían a la tribu entera contra nosotros. Y tenemos que cumplir una misión que no admite más demora. ¿Te imaginas lo que sucedería — mejor dicho, no sucedería —, si muriésemos nosotros?

Nadie sabría ya hacer despegar la nave sumergida; el secreto se perdería para siempre y…

Las razones de la muchacha hicieron mella en el ánimo de Adlant.

—Está bien —dijo al cabo—. Pero me hubiera gustado cumplir con los últimos tributos debidos a mis padres.

—No puedes entretenerte. Ellos están ya en un más allá donde reina la justicia y la felicidad eternas. Fueron buenos y amables con todos y no dañaron a nadie. Sus cuerpos poco importan: vuelven al polvo de donde salieron, pero ellos fueron buenos y ésa es la mayor virtud que tuvieron y el mejor honor fúnebre que podemos tributarles. ¿Estás ya en condiciones de marchar?

Adlant bajó la cabeza unos segundos, mientras inspiraba profundamente. Era cierto, no podía hacer ya nada por sus padres y aunque no pudiese dedicarles los postreros tributos de amor filial, sentíase menos entristecido al pensar en que sus almas moraban en una mansión de eterna felicidad, en el seno del Todopoderoso que había creado el Universo y de cuya bondad y justicia no se podía dudar.

—Sí — dijo al fin —. Vamos.

Se puso en pie y se deslizó hacia la salida de la cueva. Ahora, como hombre, era el primero en abrir la marcha. Tomó las armas del centinela y emprendieron el descenso de la ladera, en dirección a la cueva del pintor.

Crom-Gnon, en realidad, no pertenecía a la tribu, aunque había nacido en una cueva del barranco. Pero un accidente, que le produjo la fractura de una pierna en temprana edad, le había dejado lisiado para siempre, lo cual le había convertido en un ser retraído y un tanto amargado. No obstante, poseía un fondo de bondad, que le hacía corresponder a los verdaderos amigos; en muchísimas ocasiones, Adlant, conociendo sus dificultades, le había llevado carne de las piezas que cobraba en sus cacerías. Einea le proporcionaba asimismo frutas y vegetales en numerosas ocasiones, por lo que Crom-Gnon sentía un vivo afecto por la pareja, lo mismo que Crom-Gnea, «La-Mujer-Del-Que-Pinta-Bisontes», pues el pintor, pese a su defecto, era un hombre agradecido y, una vez conocido íntimamente, resultaba un hombre agradable. Por tanto, no le había resultado difícil conseguir mujer, pero prefería vivir lejos de las

envidias y rivalidades de la tribu.

La cueva de Crom-Gnon estaba al pie de una pequeña eminencia redondeada, cubierta de arbustos. La entrada era pequeña y tuvieron precisión de agacharse para poder llegar a su interior.

Crom-Gnon y su esposa les aguardaban ya. Los tres pequeños, fruto del matrimonio, dormían en una de las ramificaciones de la cueva, que tenía varias pequeñas galerías. Crom-Gnon no quería que el humo ennegreciese las paredes donde pintaba y por dicha razón, el fuego se hacía en el exterior, aunque adentro traían brasas que no daban humo y proporcionaban calor al ambiente.

Las brasas despedían un tenue resplandor rojizo, que era más, sin embargo, que la oscuridad que reinaba fuera de la cueva. El pintor y su esposa acogieron a la pareja con vivas muestras de simpatía.

—Aquí estáis seguros hasta que pase todo —dijo Crom- Gnon —. Raras veces viene nadie a visitarnos, si no sois vosotros y un par de buenos amigos, en los cuales tengo absoluta confianza. Pero han estado hace dos días y tardarán algún tiempo en volver.

—Te lo agradecemos de veras —manifestó Adlant. Se volvió hacia la muchacha —. Es buen escondite, pero me pregunto por qué no hemos seguido inmediatamente hacia... donde tú sabes.

Einea contestó:

—Se lanzarán en nuestra persecución apenas se enteren de que te has evadido. Y esta vez, no creo que les detenga la prohibición de cruzar los terrenos. Ellos dos no han venido nunca aquí; no es presumible que ahora lo hagan.

—Además —intervino Crom-Gnon —, es el peor de los casos, hay escondites abundantes en la cueva. Al fondo hay una galería, que estoy terminando de comunicar con las actuales. El orificio es pequeño, pero permite deslizarse a su través el cuerpo de una persona. Bastaría taparlo con algunas piedras, que mañana reuniremos entre Crom-Gnea y yo.

De pronto, Adlant divisó algo en un rincón. Respiró satisfecho al ver que su lanza, su arco y flechas, así como el hacha y el cuchillo estaban en la cueva.

Einea adivinó sus pensamientos.

—Tu madre las llevó a mi cueva. Presintió lo que sucedería y no quiso que cayeran en manos de aquellos miserables. Luego, yo las

traje aquí y…

Adlant oprimió la mano de la muchacha.

—Gracias —dijo. Y al cabo de unos segundos, añadió—: Estoy cansado. Quisiera dormir un poco.

—Ven —le indicó Crom-Gnon.

Adlant se tendió en el suelo, sobre unas pieles, más de una de las cuales procedían de piezas que él mismo había cazado. Cerró los ojos, pero a pesar de todo, Se costó bastante dormirse, y no sólo por el hecho tan reciente de la pérdida de sus padres.

Había otras cosas, en distinto sentido tan importantes, que ocupaban su imaginación. El estaba en una cueva, cuyas reproducciones había podido contemplar por medio de las proyecciones que la máquina le hacía durante las sesiones hipnopédicas. Si la máquina había llegado con la nave y ésta, a su vez, había llegado desde las estrellas, presumiblemente para explorar el planeta, ¿cómo era que ya poseían los hombres que se construyeron la nave imágenes de las pinturas realizadas por Crom-Gnon sobre las paredes y techos de la cueva?

Presintió fa realidad, pero se resistía a admitirla. Parecíale demasiado fantástico, incluso terrible… pero había aprendido tantas cosas en el transcurso de aquellas dos semanas de aprendizaje en estado de sueño, que cada vez se afirmaba más y más en su creencia.

Al fin, consiguió desechar sus preocupaciones y se durmió.

Cuando despertó, permaneció un rato tendido sobre las pieles. Las mujeres no estaban en la cueva. Los chiquillos jugaban en el exterior; podía oír claramente sus alegres gritos.

Crom-Gnon pintaba como de costumbre. Empleaba pelos arrancados a las colas de las víctimas de la caza, cerdas de animales feroces, fuertes y duras, y colores elementales, aglutinados con grasa animal y mezclados con gran habilidad: tierras de color rojo y amarillo sobre todo, que entremezcladas con el negro extraído de la calcinación de huesos, proporcionaban unos ocres de tonalidades inimitables. El negro servía para señalar los bordes de la figura y subrayar detalles, así como para dibujar rudimentarios signos gráficos con los que el artista quería contar la historia de la época en que estaba viviendo.

Aquellos bisontes estaban captados con una fidelidad asombrosa;

parecían moverse, correr, saltar, huir, atacar... Incluso Crom-Gnon, con fabulosa habilidad, sobre todo un hombre de medios e inteligencia tan limitados, un autodidacta, como le había enseñado a decir la máquina, había sabido aprovechar una convexidad del techo de la cueva para pintar sobre ella un bisonte y conferir a la figura una sensación de relieve, que le daba un asombroso verismo. ¿Qué frase había enseñado a Adlant la máquina con respecto a aquella cueva y las pinturas dibujadas sobre la misma? Ah, sí... «La Capilla Sixtina del Arte Cuaternario». Pero, ¿cómo sabía la máquina que existía aquella cueva, si venía en una nave procedente de las estrellas?

Se levantó y comió un poco, mientras conversaba con Crom-Gnon, sin que éste desatendiese lo que parecía su pasión favorita. Las mujeres llegaron más tarde, cargadas con frutos y vegetales comestibles.

—Están buscándonos como locos —le informó Einea.

—Me lo suponía — respondió él —. ¿Crees que darán con nosotros?

—No —contestó Einea con firme acento —. Están buscando por el terreno prohibido. Se cansarán pronto, sin embargo; no todos están de acuerdo con las decisiones tomadas por To-kith, a quien saben demasiado influenciado por Fazor y To-kitha. Muchos han abandonado, manifestando sin rebozos la opinión que les merece el trío. Otros están indecisos y sólo unos pocos están incondicionalmente al lado de To-kitha. La muerte traidora de tu padre, que no había cometido ningún delito, le ha hecho perder mucho prestigio, al no castigar al autor de la misma.

Adlant movió la cabeza en gesto afirmativo. Las respuestas de Einea parecían razonables.

—Está bien. Nos iremos dentro de dos días, si te parece — dijo.

—Conforme —accedió Einea.

—¿Adónde pensáis iros? —preguntó Crom-Gnon; lleno de curiosidad.

—Lejos de aquí —respondió Einea, anticipándose a Adlant.

—Pero estáis seguros y tranquilos —alegó Crom-Gnea —. ¿Por qué habéis de marcharos?

Einea puso la mano sobre el hombro de la mujer del pintor,

—Querida —dijo—, en primer lugar, tememos comprometeros,

aunque ya sabemos que vuestra acogida ha sido hecha con todo corazón. Pero es que, además, Adlant y yo hemos recibido la llamada de una voz misteriosa que nos ordena marchar muy lejos de aquí y fundar una nueva tribu.

Y miró al muchacho al pronunciar estas últimas palabras, como recabando su aquiescencia en silencio.

—Oh, sí, claro —exclamó Adlant—. Es la verdad, Crom-Gnea. Ella y yo fundaremos una nueva tribu muy lejos de aquí.

Crom-Gnea contempló a la pareja con profundo respeto, no exento de un tinte supersticioso. Adlant y Einea habían hecho siempre cosas que se salían de lo normal... parecía lógico, pues, que estuviesen en contacto con alguna divinidad, la cual les habría expresado sus órdenes de un modo que a ella no se le alcanzaba a comprender.

—Lo siento —dijo—. Pero me imagino que no podéis desobedecer esa llamada.

—En efecto —convino Adlant—. Nos acordaremos siempre de vosotros, por muchos años que pasen —. Miró en torno suyo, repasando las pinturas con la vista — . Crom- Gnon, dentro de miles de estaciones, tantas, que no hay bastantes con los dedos de toda la tribu para contarlas, estas figuras estarán aquí todavía. Y causarán el pasmo y la admiración de las generaciones venideras.

Crom-Gnon se sintió orgulloso de las palabras que acababa de escuchar.

Exageras —dijo modestamente.

No, es la verdad —afirmó Einea.

«La lástima, se dijo, será que nadie conocerá el nombre del pintor.»

Dos días después, al amanecer, se despidieron de sus amigos. Unos y otros estaban tristes, porque sabían que la despedida era definitiva.

Adlant y Einea emprendieron la marcha sin pérdida de tiempo. No llevaban otra impedimenta que las armas del muchacho y unos bocados de comida para tomar al mediodía. Debían esforzarse por llegar cuanto antes a la nave. Adlant tenía el propósito de, tras la última sesión hipnopédica, decirle que ya no podían permanecer más tiempo en aquellos parajes y que la partida debía verificarse inmediatamente.

Caminaron a buen paso, sin entretenerse, sin hablar siquiera para no malgastar el aliento. Eran jóvenes y resistentes y la dureza del camino no les arredraba.

Cerca del mediodía, Einea lanzó un súbito grito y se desplomó al suelo. Al volver la cabeza, Adlant vio que la muchacha tenía el muslo derecho atravesado de parte a parte por una flecha.

CAPÍTULO XII

Sonó un feroz alarido y dos cazadores irrumpieron en aquel lugar. Adlant los reconoció de inmediato.

Uno de ellos era So-Vilg, «Andador-Veloz», hermano del So-lig que había intentado asesinar a Einea, instigado por Fazor y To-kitha. So-Vilg tenía en la mano un arco y se esforzaba por colocar una segunda flecha en la cuerda del mismo. Adlant vio así que ya no era él el único en construir arcos y flechas.

El compañero de So-Vilg era Caanit, «El-Matador-De-Aguilas», un sujeto casi tan fuerte como Fazor y armado con un hacha de tamaño descomunal. Mientras So-Vilg se disponía a repetir su disparo, Caanit, lanzando un tremebundo aullido, alzó el hacha por encima de su cabeza y cargó hacia el muchacho. So-Vilg remataría a Einea; Caanit se encargaría de Adlant.

Eran dos incondicionales de To-kith; buscaban su protección, matando a la pareja. Sus intenciones estaban claras desde el primer instante.

Pero Adlant no estaba dispuesto a dejarse matar. Levantó la lanza, balanceó el brazo hacia atrás y luego lo movió hacia delante con toda la potencia de sus músculos.

Caanit ya no podía rectificar su carrera. Quiso hacerlo, sin embargo, pero era demasiado tarde; la lanza volaba recta al encuentro de su cuerpo. Atravesó el pecho, rompiendo el esternón y quebrando la espina dorsal, como si fuesen huesos de chiquillo; la pesada hoja de sílex llevaba en sí una potencia de impacto fabulosa.

Caanit corrió aún dos o tres pasos por el impulso que llevaba. De pronto se ladeó, cayó, resbaló un poco sobre la hierba y quedó inmóvil, salvo unos ligeros espasmos de las piernas, que muy pronto cesaron.

So-Vilg lanzó su segunda flecha, intentando rematar a la muchacha. El primer tiro había tenido cierta efectividad, porque había dispuesto de tiempo suficiente para apuntar, pero ahora la flecha salió un tanto desviada; tenía prisa y, además, con el rabillo del ojo, acababa de ver cómo la punta de la lanza salía por el centro de la espalda de Caanit.

Esto le puso muy nervioso y le hizo errar el tiro. Con movimientos frenéticos, buscó una tercera flecha en su aljaba, pero en aquel momento, el hacha de Adlant llegó volando por los aires y le partió la frente. So-Vilg se desplomó fulminado, sin lanzar un solo grito.

Quitándose el arco, que llevaba terciado a la espalda, Adlant se arrodilló junto a la muchacha, cuyo rostro se hallaba contraído por un rictus de dolor.

La flecha le había atravesado el muslo derecho por su tercio superior, quedando prendida en la carne. Salía sangre por las heridas, pero todavía no en cantidad excesiva.

Los dos jóvenes se miraron.

—Nos han tendido una trampa —dijo él, apretando mucho los labios.

—Sí, pero también ha ocurrido que nos hemos descuidado —reconoció Einea —. Vamos, rompe la flecha y sácala. Hemos de continuar la marcha.

—Tú ya no podrás andar; tendré que llevarte en brazos.

—Esto nos retrasará demasiado. So-Vilg y Caanit no estaban solos —alegó la muchacha.

—Más nos retrasaríamos si te empeñases en continuar caminando con una pierna atravesada. Además, hemos de hacer todo lo posible por llegar a la nave cuanto antes; allí tenemos mejores materiales de cura y, sobre todo, desinfectantes.

—Rasga un poco de mi vestido y haz una venda —aconsejó ella.

—Espera.

Adlant se puso en pie y buscó unas cuantas hojas de árbol, anchas y bastantes grandes, regresando a continuación junto a Einea. Inmediatamente, sacó un par de tiras del vestido de la muchacha y, sin perder un instante, cortó con el cuchillo el astil de la flecha por la parte de la punta de pedernal.

Gruesas gotas de sudor brotaron de la frente de Einea, quien

soportó la cura estoicamente, sin lanzar un solo gemido. Apenas hubo desprendido la punta de la flecha, Adlant tiró de la parte emplumada, con un movimiento rápido y seco. El astil salió en el acto y lo arrojó a un lado.

La sangre brotó ahora en abundancia por los dos orificios abiertos por el proyectil. Adlant los cubrió con las hojas de árbol, que sujetó mediante las tiras de tejido, y la hemorragia quedó cortada.

Cuando terminó, clavó sus ojos en los de Einea. La muchacha tenía el rostro exangüe, pero mantenía alta su moral.

—Eres un buen médico —sonrió con cierto esfuerzo.

—La máquina me enseñó muchas más cosas —dijo él —. Podría realizar operaciones quirúrgicas bastante más complicadas. La hipnopedia es un medio maravilloso de enseñanza.

—Y rápido, sobre todo —convino ella —; en una sesión de doce horas y por el procedimiento acelerado que emplea la máquina, puedes aprender lo que de otra forma te costaría un año o más.

—Es verdad... pero no nos quedemos aquí discutiendo sobre la bondad de la máquina. Hemos de irnos.

Se puso en pie y se acercó al cadáver de So-Vilg, cuyo rostro, destrozado por el fenomenal impacto del hacha, tenía un aspecto muy desagradable. Recogió el hacha, limpió la piedra en la hierba y se la colgó del cinturón de nuevo; hasta que estuviesen en seguridad dentro de la nave, podía serles nuevamente de utilidad.

Regresó junto a Einea y se terció el arco de nuevo a la espalda. Dejaría la lanza; teniendo que transportar en brazos a Einea, le resultaba más un estorbo que un arma útil.

Levantó en vilo el cuerpo de la muchacha. La miró a los ojos y sonrió.

—¿Vamos?

—Cuando quieras — dijo ella, con voz un tanto desmayada.

Adlant se puso en marcha en el acto. Calculó el ritmo de su progresión y se dijo que no llegarían a la nave antes de tres horas. Esto le hizo fruncir el ceño, porque se daba cuenta de que los viejos tabús se estaban desplomando; So-Vilg y Caanit les habían atacado en el corazón del territorio prohibido, y no era aventurado suponer que podía haber más cazadores por aquellos parajes.

Sus piernas se movieron rítmicamente, sin descanso; avanzaba a

menor velocidad que lo habría hecho él solo, pero no por ello vacilaba un solo momento ni amenguaba el movimiento de sus zancadas. Así transcurrió una hora.

Einea cerró los ojos. Su respiración se hizo sosegada, pero más débil que de ordinario. Adlant apretó los dientes; los efectos del «shock» se estaban haciendo notar. Ello le hizo acelerar un poco el ritmo de la marcha; era preciso llegar a la nave cuanto antes, en donde podrían disponer de todos los medios de curación y de medicinas que reanimarían a la muchacha.

El sudor empezó a correr por las mejillas. Sentía ya cierto dolor en los costados y sus inspiraciones se hacían más rápidas y frecuentes.

Einea continuaba con los ojos cerrados.

—¡Einea! —llamó.

La muchacha no le contestó. Adlant sintió que sus preocupaciones aumentaban.

Un flechazo en la pierna no era una herida por fuerza mortal, a menos que se infectase. Pero Adlant tenía miedo a que el desmayo de la muchacha se prolongase demasiado, porque entonces... ¿cómo harían para bucear y llegar hasta la escotilla de acceso a la nave?

De repente, cuando más descuidado estaba, oyó un grito de llamada.

— ¡Por aquí, por aquí! —aulló una voz humana.

¡Habían sido descubiertos!

Adlant se lanzó hacia delante a la carrera. De pronto, algo silbó muy cerca de él. Una flecha se hincó profundamente en el tronco de un árbol próximo.

Adlant se detuvo y casi lanzó al suelo el cuerpo todavía inconsciente de Einea. Descolgó el arco, sacó una flecha y, girando en redondo, se dispuso a enfrentarse con su perseguidor.

El individuo apareció ante su vista, surgiendo de repente de unos matorrales. Adlant disparó y la flecha, después de destrozar el ojo izquierdo de su enemigo, le perforó los huesos y le alcanzó el cerebro. El salvaje se desplomó fulminado.

Adlant se dispuso a reanudar el camino. En aquel momento, oyó unos gritos a corta distancia.

No podría dar veinte pasos más sin ser alcanzado. Por fuerza tenía que pararse allí y defenderse hasta el final. Colocó la segunda

flecha en la cuerda.

Cuatro o cinco hombres surgieron ante su vista, a treinta pasos de distancia. Fazor los encabezaba, seguido por To-kith. Al verle, los tribeños lanzaron unos estridentes alaridos de júbilo.

Adlant tensó la cuerda del arco. Ahora ya conocía qué era un dinamómetro y sabía que necesitaba hacer una fuerza de noventa kilos para que el arco alcanzase su curvatura máxima. La flecha, larga como brazo y medio, era tan gruesa como su pulgar y pesaba los quinientos gramos bien corridos.

La flecha partió con una velocidad que la hacía casi invisible. Fazor continuó corriendo.

Adlant se quedó perplejo unos instantes. ¿Era posible que hubiese fallado un blanco tan fácil... un pecho tan amplio como el de un oso de las cavernas a quince pasos de distancia?

Pero lo curioso del caso era que la flecha había encontrado un blanco inesperado; la garganta de To-kith. El padre de To-kitha se desplomó al suelo, pataleando, a la vez que se agarraba al astil de la flecha con manos crispadas.

Adlant se dispuso a lanzar un nuevo flechazo contra Fazor. De súbito vio que Fazor interrumpía su carrera y se desplomaba a seis o siete pasos de distancia, fulminado, sin hacer un solo movimiento más.

Entonces comprendió lo ocurrido. No había fallado el tiro.

Merced a la fabulosa potencia de impulsión que le imprimía al arco, la flecha había entrado y salido limpiamente en el cuerpo de Fazor, yendo después a clavarse en la garganta de To-kith.

Los tribeños restantes se detuvieron en seco, muy impresionados al ver caer a los dos hombres de un solo flechazo.. Eran además sus jefes y la muerte de ambos, unida a la fantástica actuación del muchacho, les había cortado toda iniciativa.

Adlant se dio cuenta de la indecisión de los salvajes.

—¡Fuera! ¡Marchaos! —ordenó en tono perentorio —, He matado a So-Vilg y a Caanit; también a To-kith y Fazor... pero lo hice por defender mi propia vida. No me obliguéis a mataros a todos vosotros también.

El silencio fue la única respuesta que recibió. Amedrentados, los tribeños dieron media vuelta y se alejaron sin realizar ningún gesto hostil contra la pareja.

Adlant se inclinó y recogió en brazos a la muchacha de nuevo. Einea abrió los ojos en aquel momento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella con voz débil.

—Tuve que detenerme a descansar un poco, no te preocupes —sonrió Adlant.

Einea sonrió también. Cuando él la levantó en peso, apoyó fa cabeza en el pecho del joven y cerró los ojos de nuevo, pero ahora para dormirse.

Tranquilo, seguro de sí mismo, confiando en el futuro, Adlant reanudó el camino hacia la astronave.

* * *

La herida había sido curada y desinfectada de modo conveniente. Einea había recobrado buena parte de las fuerzas perdidas, merced a un estimulante que Adlant le había proporcionado... además de un tazón de sustancioso caldo.

Los colores habían vuelto en parte a las mejillas de Einea.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó al terminar, tendida en el lecho donde había sido curada.

—Recibir la última sesión de hipnopedia —sonrió Adlant—. Aunque casi ya no es necesaria, porque sé dónde está la Tierra. Si lo hago es únicamente para que la máquina me diga cómo alcanzar... ese planeta.

Los ojos de la muchacha brillaron un segundo.

—¿De verdad lo sabes? —preguntó—. ¿Cómo lo has averiguado?

—Simplemente, utilizando el método deductivo —rió él—. Voy a ver si la máquina confirma mis deducciones. ¿Lo sabías tú?

Einea negó con la cabeza.

—No. Dejé la última sesión de hipnopedia precisamente para recibirla al mismo tiempo que tú. Tendrás que llevarme a la sala de enseñanza.

—Conforme. Ah —exclamó él —, cuando lleguemos a... la Tierra, sería conveniente que cambiásemos nuestros nombres.

Ella sonrió.

—Acomodándolos a los de aquella civilización —convino—. ¿Cuál me pondrías a mí?

—Surge en el acto, derivándolo del tuyo actual. Inés. ¿Te gusta?

La muchacha repitió el nombre.

—Inés. Sí, es bonito. Me gusta. ¿Y tú, cuál usarás?

—Bueno, allí se usan nombre y un apellido cuando menos. Tú ya sabes el significado del nombre que uso ahora.

—Sí, lo conozco.

—Bien, lo descompondré en dos partes: Luis, nombre de raíz germánica, que significa «Valeroso-- Guerrero», y Adlant lo transformaré en Adelante, traducción de la segunda parte: «El-Gue-Marcha-En-Vanguardia». ¿Qué te parece?

—Magnífico —aprobó la muchacha.

Momentos después, se hallaban sentados y dormidos en la sala de hipnopedia.

La máquina habló:

—Ahora ha llegado el momento de que sepas dónde está la Tierra...

—Eso ya lo sé —dijo Luis—. La Tierra es este planeta.

Pareció como si la máquina se sorprendiese de aquellas palabras. El sueño hipnótico impidió que Einea se asombrara también, al menos, de una manera ostensible.

—¿De qué manera has llegado a esa conclusión? —preguntó la máquina.

—Muy sencillo — respondió Luis —. Entre las cosas que me enseñaste, figuran numerosas reproducciones de las pinturas que ha hecho mi amigo Crom-Gnon. Por tanto, esta nave no pudo llegar de las estrellas para explorar el planeta, como parece lógico pensar, sino que, conociendo ya vosotros... mejor dicho, los hombres que construyeron la nave y te construyeron a ti, las mencionadas pinturas llegaron a adquirir dichos conocimientos porque ya estaban aquí, pero en un futuro todavía lejanísimo, distante de esta época varios miles de años, veinte, tal vez treinta... lo cual significa que esta nave y sus tripulantes retrocedieron en el tiempo. ¿Me equivoco?

—La deducción es correcta —respondió la máquina.

—Entonces, puesto que sabemos que este planeta es el llamado Tierra, sólo te falta ahora indicarme el modo de volver a la época en que fue construida la nave. ¿Cómo se consigue?

Es relativamente sencillo. Primero hay que despegar y mantener la nave en una órbita paralela a la Tierra, distante de ella un millar

de kilómetros como máximo. El tiempo se produce en el planeta a consecuencia de su movimiento de rotación en tomo al Sol.

—Que alcanza la velocidad media de veintinueve mil ochocientos metros por segundo, ya lo sé. Me enseñaste muchas cosas de la Tierra, a fin de que no sufriese extrañeza al encontrarme en su superficie. Sigue.

—Si viajaras a la misma velocidad y en una órbita paralela a la Tierra, el tiempo transcurriría a bordo de la nave paralelamente también al del planeta. Ciertamente, a mil kilómetros de distancia se está fuera de la Tierra, pero el campo espaciotemporal del planeta se extiende a cierta distancia en el firmamento, posiblemente es el mismo tiempo para todo el Sistema Solar.

—Comprendo. ¿Y...?

—La Tierra gira alrededor del Sol en sentido inverso al de las agujas de un reloj. Si navegases por el espacio a doble velocidad, pero en sentido inverso, al encontrarte de nuevo con la Tierra, llegarías a ella seis meses antes... Es decir: a seis meses en el pasado.

—Continúa. Voy entendiendo.

—Por tanto, si quieres desplazarte hacia el futuro, tendrás que seguir su misma órbita, pero a una velocidad mayor, la cual dependerá de la época a la cual quieras llegar.

—Inés y yo deseamos alcanzar la época en que fue construida la nave —manifestó Luis.

La máquina hizo una cortísima pausa.

—Son veinte mil años, en cifras redondas, los que os separan de dicha época. Una vez efectuado el despegue, tendréis que alcanzar la velocidad máxima, tras haber establecido la órbita correspondiente en el señalador automático, que guiará la nave en tomo al Sol y dará la señal de deceleración en el momento deseado. Ahora te daré las últimas instrucciones para que no cometas ningún fallo.

—De acuerdo. Y, dime, ¿cuánto tiempo tardaremos en el viaje? —quiso saber el muchacho.

—Hay una velocidad limite, que si bien puede ser sobrepasada, el hacerlo podría causar graves trastornos en vuestros organismos. Orbitaréis a doscientos noventa y ocho mil kilómetros por segundo, diez mil veces más que la velocidad de la Tierra alrededor del Sol,

es decir, ligeramente por debajo de la velocidad de la luz. Eso significa que en diez mil vueltas habréis ganado otros tantos años... Veinte mil órbitas en total, a la velocidad citada, para situaros en las proximidades de la época a la cual deseáis volver. Entonces ajustaréis la nave a! tiempo real para llegar unos años «después» de su partida, que es lo lógico.

—¿Habrá alguien esperándonos? —inquirió Luis.

—La nave ha debido ser dada por perdida. Sus tripulantes murieron hace doscientos años. Descended sobre la Tierra en algún tugar desierto, donde vuestra llegada no sea advertida. No es una orden, sino un consejo. He estado analizando detenidamente todas las probabilidades y creo que lo mejor será que os confundáis con las gentes de esa edad desde el principio.

—Es una buena idea —aprobó Luis sin titubeos.

Y se dio cuenta de que habrían de pasar dos años antes de que concluyese el viaje.

Pero al lado de Inés, el tiempo carecía de importancia.

—Ahora os daré las últimas instrucciones —dijo la máquina.

Despertaron horas más tarde.

Luis e Inés se miraron, sonrientes.

—Ya sabemos cómo volver —dijo ella.

—¿Volver? ¿Crees que ésa es la palabra exacta? —preguntó el muchacho.

Los ojos de Inés se fijaron en un punto infinitamente distante.

—Sí —contestó con voz ensoñadora—. Volvemos a esa época, porque regresamos a ella en nombre del astronauta que llegó en la nave, retrocediendo veinte mil años en el tiempo.

Luis movió la cabeza afirmativamente. Tomó entre sus manos las de la muchacha y la miró al fondo de los ojos.

—Regresaremos juntos y ya no nos separaremos más, Inés.

—Estaremos unidos mientras vivamos, Luis.

Hubo una pausa de silencio. Luego, ella, preguntó:

—¿Cuándo partimos? Estoy ansiosa por conocer lo que he aprendido durante los sueños.

—Esperaremos a que tu herida esté en debidas condiciones. Entonces, emprenderemos el gran viaje hacia nuestro futuro... futuro en el tiempo y en nuestras vidas.

* * *

Los tribeños habían perdido parcialmente el miedo a las tierras prohibidas, no todos, sin embargo. Un día, vieron desde lejos que las aguas del gran lago, tan grande, que su término no podía verse desde las montañas más altas, empezaban a despedir espesas nubes de vapor.

Un ruido sordo invadió la atmósfera. El ruido se convirtió en trueno y el trueno en un alarido espantosísimo. Los tribeños huyeron espantados, porque se daban cuenta de que el monstruo durmiente empezaba a despertarse.

Algunos lo vieron desde las crestas de las colinas más alejadas. Vieron surgir al «Espíritu-De-Fuego», ascendiendo en línea recta hacia el cielo, montado en un deslumbrante penacho de llamas, que abrasaban cuanto tocaban con su devorador aliento. En fracciones de segundo, el monstruo se perdió en las alturas.

Crom-Gnon no lo vio; estaba enfrascado en sus pinturas.

Tal vez, de haber presenciado la escena, hubiera dejado constancia gráfica de ella. Pero era un sujeto algo escéptico y sólo pintaba lo que veía. Las leyendas de los tribeños solían merecerle una cortés atención, pero muy poco crédito. Cuando la nave sumergida, después de dos siglos de descanso en el fondo de las aguas, emergió a lo alto y se lanzó a los espacios, Crom-Gnon estaba muy preocupado pintando la figura de una cierva, que ocupaba una superficie igual a la de su tamaño natural.

CAPÍTULO XIII

El profesor Rorbach había llevado desde Alemania a un grupo de sus más distinguidos alumnos a contemplar una de las mejores muestras del arte rupestre. No eran muchos los alumnos, una docena de muchachos de ambos sexos, los cuales esperaban al pie de la pequeña loma, la llegada del guía oficial que custodiaba la cueva donde se hallaban las pinturas realizadas por un artista del paleolítico superior, doscientos siglos antes.

Una pareja joven, llevando de la mano a un niño de pocos años, se unió al grupo. Escucharon en un silencio respetuoso las

explicaciones del profesor, sin darse cuenta de que una de las alumnas contemplaba al hombre con expresión de haberle reconocido.

Luis Adelante paseó la mirada en torno suyo. El lugar permanecía idéntico a como lo habían dejado veinte mil años antes... claro que algunas especies vegetales habían desaparecido por completo. Y no se veían jabalíes salvajes, ni tigres de dientes de sable, ni mamuts, ni bisontes... En las montañas vecinas había oído decir que todavía había ciervos y corzos, algunas águilas y unos pocos osos, menguados restos de una fauna antaño abundantísima. Pero ya no era necesario caminar entre los bosques con el temor constante a ser atacado por alguna fiera.

Luis miró a su esposa. El rostro de la joven, más bella aún en la plenitud de su edad, reflejaba las mismas emociones que el suyo.

—Está igual que entonces —musitó Inés.

—Faltan algunas especies arbóreas... —dijo él.

—Es lógico —convino Inés pensativamente. Era la historia de la evolución del planeta.

De repente, la muchacha que había estado mirando al joven con tanta insistencia, abandonó el grupo y se dirigió hacia él.

—Perdóneme —dijo—. Su cara me es conocida, señor... ¿No es usted el campeón olímpico de tiro de arco?

Luis sonrió.

—En efecto, señorita. Tuve la suerte de conquistar ese título en la última Olimpiada.

—¿Suerte? —rió la muchacha —. Dejó a todos sus competidores como si fuesen simples principiantes. ¿Dónde aprendió usted a tirar tan bien, señor Adelante?

Luis paseó la mirada en torno suyo.

—En un lugar muy parecido a éste —contestó, con la voz teñida por una vaga melancolía.

En aquel momento, se oyó, clara y fuerte, la voz del profesor Rorbach:

—...no es del todo seguro que los hombres que pintaron estas figuras conociesen el manejo del arco y de las flechas...

Luis e Inés se miraron y sonrieron de modo comprensivo.

—¡Cómo se aprovecha de que no podemos desmentirle! —exclamó ella, riendo suavemente.

—¿Decía usted, señora? —preguntó la chica.

—No, nada… no tiene importancia —respondió Inés—. Por cierto, hemos venido aquí por… por casualidad, pero… ¿este lugar, tiene algún nombre?

La muchacha miró a Inés con la misma cara que si hubiese escuchado una horrible blasfemia.

—¿Cómo? ¿Es posible que no lo conozca, señora?

—Pues, no, no conocemos el nombre de este paraje —intervino Luis—, Si usted quisiera decírnoslo…

—Claro que sí —contestó la estudiante, orgullosa de saber algo que desconocía el campeón de arco. «Estos atletas… son fuertes, pero tremendamente ignorantes», pensó con desdén—. Es una de las muestras más depuradas del arte del hombre de Cromagnon —dijo en tono doctoral—. Se llama la cueva de Altamira.

FIN